

Las leyendas
de
Atlánis

Antonio Pérez



LAS LEYENDAS

de

ALANÍS

LAS LEYENDAS DE ALANÍS

Antonio Pérez Rodríguez

Colaboran: Excmo. Ayuntamiento de Alanís y
Excma. Diputación Provincial de Sevilla.

Autor: Antonio Pérez Rodríguez.
Edita: Excmo. Ayuntamiento de Alanís.
Imprime: Excma. Diputación Provincial de Sevilla.
Número de ejemplares: 500
Depósito Legal: SE-1873-2018
Impreso en España – 2018.

Edición no venal.
El diseño de cubierta e interior es del propio autor, que ha querido darle un estilo de «libro antiguo» acorde a estas ancestrales leyendas.

Dedicado a todas aquellas personas que han hecho posible que este libro vea la luz, con mención especial a mi familia, por las posibles desatenciones que haya tenido con ella durante la escritura de él; a mis amistades que han participado en la corrección, y al Equipo de Gobierno del Excmo. Ayuntamiento de Alanís, por el interés tomado en su publicación.

Antonio Pérez

ÍNDICE

Prólogo	9
La hermosa concubina.....	11
La batalla de Matamoros.....	23
El encanto de las Pilitas.....	35
La profanación de la reina muerta.....	59
La Saragutía de la torre.....	79
La niña del aymé y el mirador de los suspiros.....	91
Notas y comentarios.....	103



PRÓLOGO

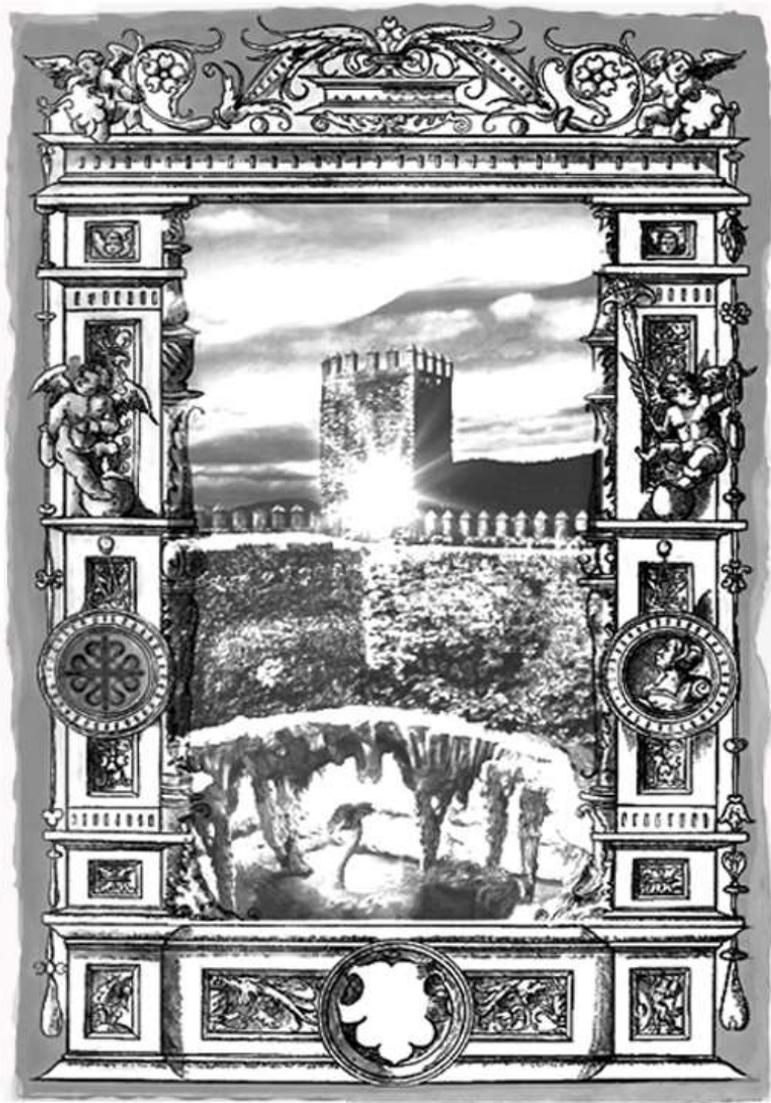
En toda leyenda hay mezcla de verdad y de fantasía. La verdad sería el hecho origen de la misma. La fantasía generalmente, la aporta la deformación sufrida en la transmisión oral de generación en generación. Las leyendas traspasadas de esta forma suelen incrustarse en el acervo de las tradiciones y, en muchos casos, llegan a ser seña de identidad de cualquier población o grupo étnico.

En la nueva sociedad de la comunicación que estamos creando, con radio, televisión, Internet, redes sociales ... todo se universaliza y poco espacio queda para la singularidad. Quizás por ello, las leyendas de Alanís se han ido perdiendo en estos últimos tiempos, puesto que la información ya no pasa de padres a hijos, sino que viene por ajenos y a través de estas vías tecnológicas e informáticas.

Las he recopilado en este libro al objeto de que no desaparezcan y, a la vez, para que recojan esta parte del patrimonio inmaterial de este pueblo. Han sido encuadradas en un tiempo histórico concreto para dar viso de realidad al hecho originario y, además, he aprovechado la parte de la fantasía para hacer una narración novelada que me ha permitido dar entrada al mayor número de elementos posibles del patrimonio histórico, geográfico, monumental, lexicográfico y etnográfico de Alanís.

Por último, me he tomado ciertas licencias en las relaciones amorosas de los protagonistas, más acorde con la fantasía que con la realidad del tiempo en que se enmarcan.

LA HERMOSA CONCUBINA



En sus manos cayó el *Libro de la montería*, que ordenó manuscibir el rey castellano Alfonso XI. Era el primer tratado que se conocía sobre esta práctica atávica y también sobre el cuidado de perros y técnicas para practicarla. El destino quiso que se detuviera en las páginas sobre los cazaderos de osos y puercos que había en las sierras de Sevilla, zona totalmente desconocida para don Pedro Girón, un castellano de Belmonte que ya ostentaba el cargo de Maestre de la Orden de Calatrava. Junto a su hermano mayor, Juan Pacheco, eran las personas más influyentes de la corte del rey Juan II de Castilla.

El todopoderoso Maestre viajó a la villa de Llerena, para tratar asuntos con comendadores de la Orden de Santiago. Antes de partir para tierras castellanas, quiso conocer la Sierra de Constantina para comprobar los buenos cazaderos que había leído en el citado compendio. El lugar elegido fue el alfoz de Alanís, pues estaba más cerca de la villa dirigente santiagouista y en la comarca alardeaba de tener excelentes batidores, exquisitos vinos y fama de gente hospitalaria.

En la esquina de la calle Mesones con la calle Triana de esta villa, vivía el señor Gómez de las Casas, junto a su esposa Leonor y su hija de apenas dieciocho años llamada Isabel. Esta tenía una belleza natural fuera de lo común. Su piel era nacarada en cara y manos, siendo lo único que exponía de todo su cuerpo. Sus labios, carnosos y húmedos, al sonreír dejaban al descubierto unos dientes marfileños perfectamente alineados e igualados. Ojos de color aceitunado fulguraban en su rostro como dos esmeraldas bajo la incidencia de algún rayo de luz furtivo. Solo se apagaban cuando sus párpados, bordeados por unas grandes y rizadas pestañas, se cerraban para que admiradores y mirones descansaran del influjo atrayente que sobre ellos ejercían ese par de gemas humanas. Tenía un cabello brillante y ondulado, de color castaño, que siempre llevaba semioculto por los tocados de época, cuando asistía a los cultos religiosos que a diario se celebraban en la nueva iglesia local, construida hacía poco más de un

siglo. Al andar por aquella calle terriza, su anatomía se adivinaba perfecta bajo vestimentas tan impropias para la comodidad somática, pero eran las que exigían las recatadas costumbres del momento y la moral religiosa imperante. Sus modales y formas de conducta eran de lo más exquisito y dignas de las más altas damas de cualquier señorío o incluso de la corte. En suma, Isabel era una joven virginal de hermosura sin par por aquellos pagos serranos, digna de pasear por cualquier morada de nobleza.

El padre de la joven ofreció su modesto hogar a tan importante caballero y ansioso esperaba que llegara, junto al pequeño séquito de seguridad que le acompañaba.

A la par que el asistente de don Pedro bajaba de su corcel, el señor de las Casas apareció en el umbral de la flamante portada con la



Portada de la casa en calle Mesones de Alanís

que había remozado su casa en meses precedentes. Hechas las presentaciones, el anfitrión invitó a don Pedro al interior de su casona, donde un poco nerviosas esperaban su esposa y su hija, pues era la primera vez que tenían visita tan notable. Cuando el Maestre vio a la doncella, a pesar de estar acostumbrado a tratar con las más bellas mujeres del lugar por donde pasaba, se le paró el corazón por un instante y el aire parecía faltarle. Sintió como la sangre le subía explosiva a la cabeza y su garganta se secaba por momentos. Atribulado por la impresión sufrida, en un santiamén que le pareció eterno, reaccionó presto y tomando la mano de la joven con la suavidad de un pétalo de rosa cayendo al vacío, hizo la reverencia habitual empleada con las damas de la corte y solo emitió la frase: «Es un privilegio conocer a su merced». Al levantar la cabeza, sus caras quedaron frente a frente y sus miradas se cruzaron transmitiendo unos deseos hasta ahora nunca experimentados. Don Pedro vio a la joven envuelta en un halo de dulzura e inocencia, con un irresistible atractivo candoroso a la vez que carnal y erótico, pues los efectos de la fascinación también habían hecho mella en esta. La tentación inusitada hacia aquel hombre, de aspecto caballeroso y a la vez aguerrido, al menos diez años mayor que ella, hizo que a Isabel se le subieran los colores y sus mejillas tomaran un suave tono rosáceo que, junto al brillo verdemar de sus ojos, daban a la púber ese atractivo irresistible que hizo que a don Pedro, experto en batallas contra nobles y moros y también de camas, se le estremeciera todo el cuerpo.

Durante la cena el Maestre contó a sus anfitriones como su meteórica carrera en la corte empezó desde niño, cuando el condestable de Castilla don Álvaro de Luna lo introdujo como paje del infante Enrique, hijo del rey Juan II. El ambiente palaciego, junto a unas cualidades innatas para adaptar las circunstancias a su favor y su destreza en el campo de batalla, hicieron que don Pedro fuera persona muy influyente y poderosa en la corte. En 1445, con solo 22 años, y tras su destacado papel en la batalla de Olmedo, fue nombrado Maestre de la Orden de Calatrava. Isabel por su parte, quedaba fascinada con la forma de vida de aquel apuesto y exitoso caballero. Mientras comía, ensoñaba con poder vivir en mundo tan deslumbrante y no en un villorrio perdido en la Sierra Morena.

Tres días estuvieron los hombres de montería en lejanos andurriales. La batida de puercos y osos, a caballo y con lanza, era

tarea no exenta de riesgo. Don Pedro, que quiso demostrar su destreza y valentía, pagó caro su arrojo. En un lance contra un enorme jabalí cayó del caballo y sufrió un esguince de tobillo, rotura de un dedo de la mano derecha, algunas heridas y múltiples magulladuras. Ya en casa de su hospedador, el diagnóstico del medicastro de turno fue el de estar unos días de reposo hasta que huesos, tendones y demás dolencias, quedaran restablecidas.

Isabel dispensaba cuidados al convaleciente Maestro y se notaba que había algo más que trato de anfitriona. Por su parte él, ardoroso y descansado, prodigaba demasiados lances de amor a la cándida muchacha. Al padre de la joven no le estaba gustando tanto mimo, cuidado, risas y arrumacos, pues sabía de las andanzas amorosas del caballero por toda Castilla, aunque la Orden dictara votos de castidad y celibato para sus Maestros. De todos era conocido que don Pedro Girón aceptó el cargo por el poder que daba y que el alivio del cuerpo lo ejercitaba por donde quiera que iba, pues para algo era un rico hombre con dominio de villas y tierras propias, además de las que la Orden le brindaba y, sobre todo, por el poder que daba tener mando en más de 2000 caballeros calatravos disponibles para el campo de batalla.

El señor de las Casas no transigía con dejar a su retoño en manos de aquel ambicioso palaciego, que seguro la abandonaría en caso de «hacerle una barriga», pues el cariz carnal que estaba tomando tanto agasajo era altamente inquietante. Tal era su recelo que decidió quitar a la muchacha de en medio y alejarla de la villa, pues creía que eso sería suficiente para enfriar tanto ardor.

Encomendó a un par de criados que en tres días prepararan viaje para acompañar a la joven hasta la villa de La Puebla de los Infantes, pues allí debía pasar unas semanas con unos parientes. El señor Girón, que era experto en las escuchas de palacio, ponía atención en el trasdós de la puerta de su aposento y pudo oír todo lo hablado. Entonces maquinó un plan para que la joven no llegara a su destino y llevársela con él a Castilla.

Al alborear del día señalado, la joven acompañada de los sirvientes partió por el camino de San Nicolás hacia su destino, y el señor Girón, que dijo ya estaba totalmente recuperado, hizo lo propio, pero por la vereda de Guadalcanal hacia tierras extremeñas. El padre nunca sospechó cuales eran las intenciones del Maestre, aunque tampoco se fiaba mucho de ambas partidas al mismo tiempo.

La escolta de don Pedro, con este a la cabeza como correspondía a persona batalladora, espoleaba a sus caballos por el cordel de los Carros en dirección Constantina. Debían llegar a esta villa antes que la pequeña comitiva de la doncella. Y así fue. Su plan dio resultado. Desde la vereda de Guadalcanal bordearon Alanís por este cordel y llegaron a Constantina. En su entrada esperaron a la joven y de allí volvieron pasos hacia tierras castellanas, ya juntos.

El señor de las Casas al enterarse de lo sucedido, por boca de sus criados, puso grito en el cielo y acusaba al Maestre de ruín y desleal, y de haberle robado su tesoro máspreciado; pero en el fondo de sus pensamientos sabía que posiblemente, eso fuera una suerte, pues su hija aceptó irse a tierras castellanas con aquel adinerado y poderoso hombre para vivir su anhelo de señorío y ventura.



Cruz flordelisada
emblema de la Orden de Calatrava

Pedro llevó a Isabel a una casa palacio de Almagro, sede casi habitual de la Orden. En toda Castilla era conocida como «la concubina de don Pedro Girón», siendo la envidia de sus congéneres, por su hermosura y buena figura, y atrayente y deseada por los varones. Sin embargo, ella, ante su situación familiar, llevó una vida discreta, siempre a la sombra y a

disposición de su influyente amante. En 1453 tuvo un hijo con este, poniéndole por nombre Alfonso, como su abuelo, aunque en principio no sería reconocido por la iglesia, ya que era fruto de «una relación pecaminosa».

En 1454 muere Juan II y accede al trono su hijo Enrique IV. Con él don Pedro Girón llega al máximo de poder y riqueza. Sus dominios llegaban hasta Andalucía, siendo nombrado señor de las villas de Osuna, Morón de la Frontera, El Arahál, Gelves y Cazalla de la Sierra, entre otras de Cádiz, Málaga, Jaén y de la propia Castilla. Isabel al saber que Pedro tendría que viajar alguna vez a Cazalla, sintiéndose también importante y atisbó la idea de volver de visita a Alanís, para ser objeto de las «envidias reconfortantes» de sus antiguas conocidas, pues ya solo sus recuerdos la unían a esta villa, dado que sus padres vivían con ella desde el nacimiento de su primogénito. El padre de la joven, inmerso en una buena e influyente vida, pronto olvidó la afrenta realizada por el Maestre.

Don Pedro seguía con los trajines del poder, poniendo paz y orden por toda Castilla, León y Andalucía, aunque ni eso ni el voto de castidad hecho a la Orden quitaban un ápice del ardor que como hombre sentía por Isabel. Tal es así, que en 1456 son padres de dos gemelos, Rodrigo y Juan. Don Pedro Girón, con el poder que tenía, hizo que sus tres hijos fueran reconocidos como legítimos, por bulas del Papa Pío II y tres años más tarde por real cédula de Enrique IV. Años posteriores tuvieron tres hijas, llamadas María, Isabel e Inés, de las que poco se sabe.

Las luchas cainitas entre nobles, en la corte de Enrique IV, hicieron que los hermanos Girón perdieran la privanza del monarca, en 1462, a favor de Beltrán de la Cueva. Aquellos, junto a nobles y señores castellanos, en 1465, participaron en la «Farsa de Ávila», donde se acusó a Enrique IV de impotente y corrupto. Por esto, nombraron a su hermanastro Alfonso, que solo tenía doce años, rey de Castilla, siendo sobrenombrado por «el Inocente». Partidarios de ambos bandos se ensalzaron en una guerra civil de tres años. En unos acuerdos de paz, Enrique IV propuso a don Pedro Girón que volviera a su bando y este aceptó; pero exigió contraer matrimonio con la hermanastra del rey, la infanta Isabel de Castilla, pues intuyó que esta sería la futura reina (Isabel la Católica). Para ello, tuvo que renunciar

al Maestrazgo de la Orden, no sin antes dejar al frente de esta a su hijo Rodrigo, que contaba solo once años, y para no perder influencia sería tutelado por su tío Juan Pacheco. Los hermanos Girón volvieron otra vez a lo más alto del poder.

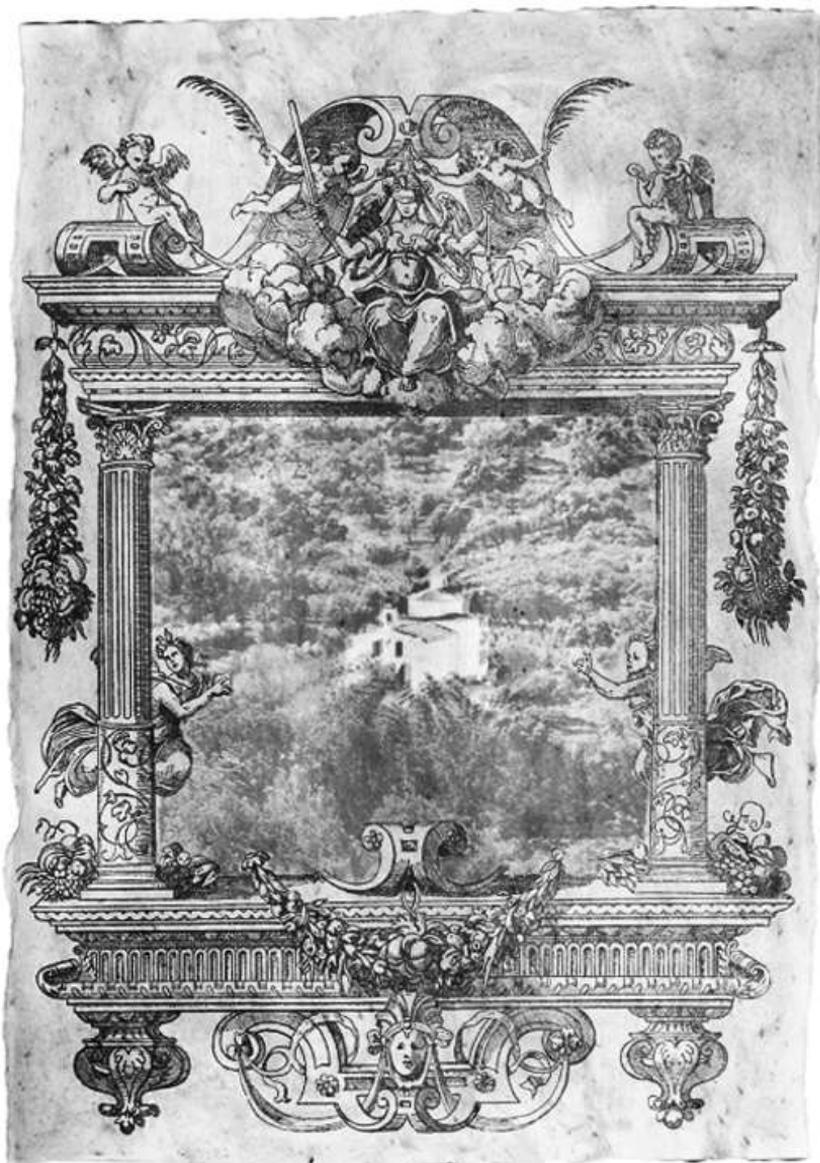
Isabel de las Casas se resignó a lo dispuesto por su amor, amante y señor, cayendo en la «enfermedad del desamor» y desde entonces nada se supo de ella.

Don Pedro Girón, en el camino para formalizar la petición de mano de la infanta Isabel, en Villarrubia de los Ojos, el día 2 de mayo de 1466, muere, en menos de dos horas, por un ataque de apostema debido a la enfermedad llamada esquinencia.

Dicen las crónicas que: «Antes de morir pronunció palabras de blasfemia acusando a Dios de crueldad por no haber prolongado su vida, de cuarenta y tres años, al menos cuarenta días más, para ostentar el último esfuerzo de la adquirida pujanza [...]».



LA BATALLA DE MATAMOROS



Alanís ya había perdido su antiguo nombre árabe de *al-Haniz*. Más de dos centurias habían pasado desde que el rey Fernando III el Santo la conquistara y le cambiara este. Al quedar bajo dominio cristiano ganó en importancia estratégica, pues fue elegida para que se construyera un castillo en un cerro cercano, complementando la llamada Banda Gallega, destinada a salvaguardar la ciudad de Sevilla. Esta nueva línea de castillos iba desde Fregenal de la Sierra hasta La Puebla de los Infantes. También, pasaron los tiempos de lucha entre el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia, por controlar tan importante atalaya. Después, vendría la unificación de toda España bajo los Reyes Católicos con la rendición de Boabdil en Granada.

La Pragmática de Isabel y Fernando no cayó muy bien en al-Ándalus, pues obligaba a todos los moriscos — descendientes de los diversos pueblos árabes que a lo largo de siglos pasaron por estas tierras— a hablar en público el creciente castellano, aunque en lo íntimo podían seguir con su habla, religión y costumbres. Aparentemente, lo hacían, pero entre ellos, tanto en lo privado como en lo externo, seguían con sus costumbres y sus ritos. Había cierta permisividad y todos convivían más o menos felizmente, aunque apenas se profundizaba un poco en las relaciones sociales se notaba la diferencia de cultura, religión y estatus social. Formaban un grupo aparte en la nueva sociedad, dedicados a los oficios más bajos y desposeídos de sus señas de identidad. Como vencidos, tenían resentimiento y aversión a todo lo cristiano, aprovechando cualquier noticia de asalto de piratas africanos a las costas levantinas, para alegrarse de ello y elucubrar sobre una posible reinvasión de sus iguales.

A partir de 1500 el castillo de Alanís comenzó a perder importancia porque ya no era necesaria la vigía militar. No obstante, la villa ganaba en prosperidad debido al cultivo de la vid, los cereales,

el cáñamo, el lino, a una incipiente ganadería y algo de minería. Famosos eran los caldos que salían de los lagares de Alanís camino de las Américas, y que nuestra principal pluma reseñaría, años más tarde, en cuatro de sus *Novelas Ejemplares*. Tenía cerca de 1200 habitantes y su propio Concejo, aunque dependiente del de Sevilla. Su alfoz era de los más grandes y ricos de la comarca. La villa al crecer había bajado de los alrededores del castillo, en tiempos ya olvidados, hasta el valle. Estaba configurada por diecisiete calles divididas en dos partes por el arroyo del Parral, aunque unidas por tres puentes de ladrillo hechos por los mejores alarifes locales. Sin embargo, esta columna vertebral era un problema de inundaciones y de higiene, ya que servía a muchas casas de muladar, con la consiguiente proliferación de insectos y otros animales propagadores de enfermedades, como la epidemia de peste bubónica sufrida en 1496 y que todavía, con temor, recordaban los más viejos del lugar, donde la población quedó diezmada. Para terminar con esto, en parte, en 1534 se abovedó este regajo en la zona delantera de la iglesia. Se formó una plaza que fue llamada Plaza del Cabildo, ya que en ella se encontraba la sede del Concejo, que desde 1461 regentaba la villa, y por tanto albergaba todo el poder de la época: el civil y el religioso. El culto cristiano era el dominante e impregnaba todos los aspectos de la vida diaria. La iglesia de Alanís contaba desde 1508 con un espléndido retablo Mayor, traído desde las escuelas de arte de Sevilla, formado por tablas pintadas con escenas de la vida de la Virgen y con algunas de la vida y pasión de Jesús. Contaba, además, con más de una treintena de figurillas de santos. Al grupo de moriscos que aquí vivía se le revolvían las tripas con la pujanza y el avasallamiento de esta religión. A esta situación de degradación y desprecio se le añadió, a primeros del año 1567, una nueva Pragmática ideada por el Inquisidor General Diego de Espinosa y promulgada por el omnímodo rey Felipe II, mediante la cual, se obligaba a todo descendiente de moros a dejar radicalmente, su modo de vida, costumbres y a convertirse al cristianismo de hecho. También se les requería abandonar sus antiguos hábitos de vida, sus nombres musulmanes y sus ceremonias, y, además, deberían hablar solo en castellano en un plazo de tres años, cumplidos los cuales se consideraría un delito hablar, leer o escribir en lengua árabe.

Entre el grupo de irritados moriscos de Alanís vivía una familia con una única hija de doce años llamada Acsia. Regentaba una

pequeña tenería, pero debido a la escasez de zumaque y mala calidad del poco que había, por causa de unas plagas de oruga de varios años seguidos, la vida no le iba muy bien con el negocio del curtido de pieles. Unido a su situación económica, se le presentaba un nuevo problema con esta imposición real. Para supervivir decidieron cristianar a la niña, a pesar de las presiones y la oposición de sus correligionarios, y ver, si con la nueva situación derivada de ello, había más suerte en el negocio y podían seguir adelante. Tomaron para su tierno retoño el nombre cristiano de Ana María, no sin antes maldecir, para adentro y muy en voz baja, al rey, a la Inquisición y a todos los cristianos juntos. No estaba el padre de Acsia para bromas y este asunto lo sacaba de quicio. Su pensamiento se radicalizó de tal manera que escribió a un pariente suyo, que gozaba de buena posición en la ciudad de Mequinez, en un sultanato africano, y le ofreció a su hija como concubina para su harén, debido a la hermosura que apuntaba la niña. Esperaba, si la propuesta se consumaba, irse de una maldita vez de estas tierras, donde sus iguales eran tratados con desprecio y ya no eran queridos, e iniciar una nueva vida al amparo de su futuro yerno, rico y poderoso en aquellos territorios.

El mundo morisco bullía y todo eran protestas e intentos de rebeldía, pues se iba terminando el plazo dado para el cambio de vida. La reacción vino en los primeros días de 1569, en las Alpujarras granadinas, donde grupos de advenedizos seguidores de Mahoma empuñaron nuevamente las armas y se sublevaron contra el poder cristiano establecido. Tomaron pueblos y tierras de esta comarca e impusieron otra vez sus leyes y sus costumbres.

Al enterarse de estas noticias, los descendientes de bereberes de la Sierra Morena también quisieron imitar a los de tierras granadinas. En los alrededores de Alanís se formó un grupo de jóvenes creyentes en Alá, provenientes en su mayoría de Cazalla y unos pocos de la propia villa, que se dedicaba al asalto de todo lo que pasaba por la cañada real de las Merinas, la cañada real la Senda y por cualquier otro camino que se tomara. Todas las rutas del sur de Alanís las tenían por suyas, y no pasaban días que no hubiera noticias de asaltos y de alguna que otra muerte de los pocos que se resistían. Tal fue el ruido que produjo este grupo de salteadores, que el Concejo de Sevilla envió a un capitán apellidado Garcilaso, con una compañía de hombres entre piqueros y arcabuceros, para terminar con ellos y poner orden en la comarca. Al enterarse de esto, más moriscos de Constantina,

Guadalcanal y del mismo Alanís, se unieron al grupo y llegaron a superar los dos centenares. El padre de Acsia, debido a su carácter introvertido y pusilánime, decidió permanecer al margen y quedarse en casa, a la espera de noticias esperanzadoras de su pariente africano.

Cuando el capitán Garcilaso llegó al pueblo, fue informado por el Alcaide del Concejo del creciente número de agarenos que formaban el grupo rebelde y saqueador, y de sus movimientos y fechorías por todos estos territorios. Debido a la elevada cantidad de estos, Garcilaso no tuvo más remedio que solicitar voluntarios civiles para que tomaran armas y ayudaran en la contienda, pues había que poner vigías en los caminos, enviar mensajeros, colaborar en la intendencia y, cuando llegara el momento, apoyar en la lucha hasta perder la vida si fuera necesario. Uno de los primeros en salir voluntario fue Hernando, joven de dieciocho años, nieto del último alcaide militar del castillo, que destacaba por su complexión atlética, su buen manejo de la ballesta y su destreza en la monta de caballos.

Pasaron algunos días esperando el momento de actuar. Una tarde, se dio la alarma en el castillo, donde había quedado instalada la guardia de la milicia. Tuvieron noticias de que los sediciosos se habían concentrado en la zona de la Servilleta, por los alrededores de los batanes del Ciprés, de las Monjas y la Angorilla, de donde se surtían de harina y pan, ya que los habían tomado por la fuerza. Sus pretensiones eran subir por el camino de la rivera, para después desviarse por una corta vereda que lo unía al camino a Cazalla y desde este acceder, por detrás, al castillo, para tomarlo por sorpresa y hacerse fuertes en él. Cuando derrotaran a Garcilaso tomarían todo el pueblo y seguirían con los asaltos y el pillaje por los caminos y veredas de la zona norte, como el camino a Malcocinado, el cordel de los Carros y la vereda de las Navas. Pero la estrategia les salió mal, ya que Garcilaso era hombre experimentado en la práctica de la guerra. En su juventud estuvo en las primeras campañas de Flandes, al servicio del Emperador Carlos, y en la no muy lejana y famosa batalla de San Quintín, donde los franceses cayeron derrotados ante los tercios españoles, y para recordarla Felipe II ordenó construir El Escorial. Garcilaso se enteró de los planes de los insurgentes y apostó sus huestes, estratégicamente, en la pequeña vereda y el puente de piedra que cruzaba el regajo, pues sus conocimientos en táctica militar le

decían que al pasar sobre este la comparsa sediciosa, quedaría dividida y sería el momento idóneo para atacar.

Arcabuceros, lanceros, ballesteros y resto de personal, quedaron camuflados entre la arboleda del arroyo, arbustos y majanos de las laderas alledañas, esperando a que los afines a Mahoma aparecieran. Cuando lo hicieron, al amanecer del día siguiente, Garcilaso se quedó mudo y estupefacto, al ver que los rebeldes casi los triplicaban y, además, venían a caballo, bien pertrechados y con sus armas y escudos dispuestos para el combate. Eran muchos y por su aspecto, audaces y aguerridos. Tuvo momentos de duda, pues no contaba con caballería alguna. Aun así, confiaba salir airoso con el poder de muerte que le daba la nueva arma del arcabuz de rueda. Garcilaso, que era hombre de fe, viendo la inferioridad de condiciones que presentaban sus huestes, se encomendó a la Virgen de las Angustias, pues era muy devoto de esta imagen, ya que vino al mundo en Granada. Tras unos minutos de oración, prometió a Esta que le construiría una ermita en aquellos parajes, si le ayudaba a ganar contienda tan decisiva.

Convencido de que la Virgen estaba de su parte, y cuando la columna de sediciosos pasaba el puentecillo de piedra quedando dividida en dos, dio la orden de ataque. Los arcabuceros realizaron la primera descarga de postas y tumbaron a una buena tanda de moros. El resto, aunque perplejos por los estragos de esta desconocida arma, lejos de arredrarse, cargaron contra ellos y contra todo lo que se movía. Cabezas de cristianos degolladas por golpes secos de cimitarras borbotaban sangre; pechos agujereados por disparos certeros de los arcabuceros; cuerpos moribundos ensartados por las lanzas; gritos de dolor; ruido de contienda infernal; caballos corriendo desbocados por doquier; olor a pólvora, sangre y muerte. Una auténtica carnicería por ambos bandos, mas, los sarracenos se llevaban la peor parte. Hernando, desde su parapeto tras un majano, divisaba atónito y sin pestañear, el dantesco espectáculo. Un rebelde que se dio cuenta de ello, dirigió su caballo hacia él y alfanje en mano iba dispuesto a cortarle el gáznate. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo y en unos segundos de lucidez disparó su ballesta atravesando el cuello del sarraceno, que cayó de su corcel y dejó este mundo para siempre.

Pasada más de una hora de intenso combate, por fin, sucumbió el cabecilla de la partida. Los pocos que quedaban, sin líder y viendo la imposibilidad de ganar la lucha, decidieron rendirse, no sin antes ver como el arroyo iba teñido de rojo por la cantidad de sangre vertida por los cuerpos que a él habían caído. Algunos de estos, arrastrados por la corriente, se habían quedado varados en el puente, formando una represa que dio lugar a una espeluznante laguna de agua y sangre repleta de cadáveres flotando. Garcilaso fue herido en varias partes de su cuerpo, con gran pérdida de sangre que le hacia flaquear, aun así, se dio cuenta de la situación y mandó parar la pelea para no hacer más horrenda la masacre. Una vez apresados los pocos supervivientes, Garcilaso se arrodilló, dio gracias a la Virgen y volvió a reiterarse en su promesa.

Desde aquel día, al citado puente se le empezó a llamar *puente de Matamoros* y a este combate *la batalla de Matamoros*.

Garcilaso tuvo que quedarse algunas semanas en Alanís hasta que sus heridas sanaron. En ese tiempo pudo comprobarse su enorme fe en la Virgen de las Angustias y sus grandes valores morales. Contactó con el presbítero y el alcaide y los convenció de que ellos debían proseguir con la promesa realizada en el campo de batalla, no sin antes dejarles una bolsa con una buena cantidad de ducados para las obras.

El Concejo de Alanís tuvo a bien acordar el cambio de patronazgo de la villa y pasar de San Juan Bautista a la Virgen de las Angustias. Los vecinos de toda condición social, con dádivas y ayudas de todo tipo, fueron construyendo la ermita a lo largo de la media centuria siguiente, finalizando las obras en el año 1656, bajo los auspicios del beneficiado Francisco Díaz del Hierro, quedando constancia de ello en una lápida inserta en la cara interior de su muro izquierdo, donde puede leerse: «Esta sacristía la hizo el licenciado Francisco Díaz del Hierro, beneficiado y vicario propio. Acabose año 1656».

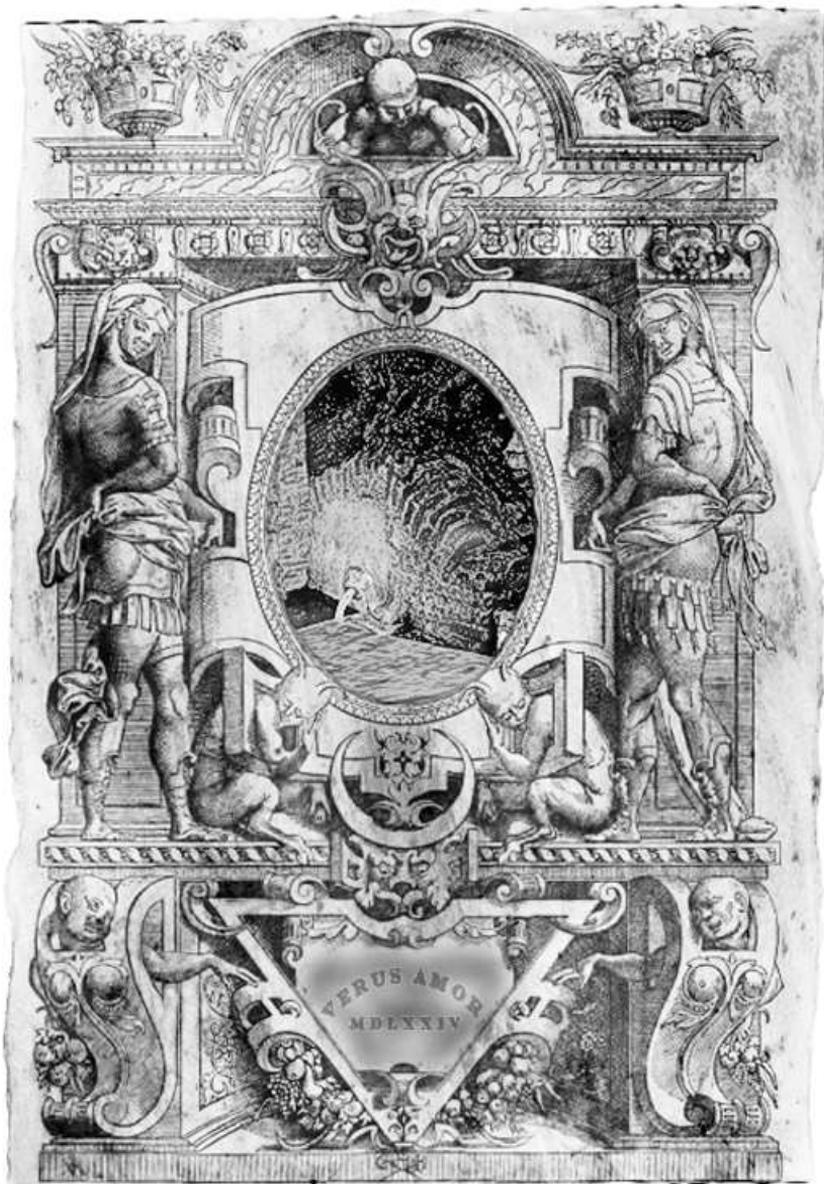


Ermita actual, con añadidos en el S. XVIII sobre la obra inicial.



Placa en la ermita de la Virgen de las Angustias

EL ENCANTO DE LAS PILITAS



Tras la batalla de Matamoros, Alanís entró en un nuevo periodo de paz y tranquilidad y el tiempo pasaba monótono, aburrido y sin sobresaltos. Los moriscos de Sierra Morena quedaron apaciguados, pero los de las Alpujarras seguían con las armas en alto. Ante esta situación, Felipe II convocó Cortes en Córdoba para principios de marzo de 1570. Quería aproximarse al conflicto y terminar de una vez por todas, con este forúnculo que le había salido a su reinado de poder y gloria. Enterado del arrojo y valentía que presentaron los alanisenses junto a las huestes de Garcilaso, en su lucha contra los sediciosos de esta comarca, eligió esta villa para pernoctar en su camino hacia la ciudad de la Mezquita.

Un pregonero rompió la monotonía de un día casi primaveral de finales de enero. Tocando su cuerna retorcida de viejo carnero, iba dando la noticia de esquina en esquina, y con voz temblorosa y agitada por la emoción, leía el siguiente bando: «De parte del señor Alcaide del Concejo se hace saber que, sobre mediados del próximo mes, nuestro monarca Felipe, rey de las Españas por la gracia de Dios, y que a bien tenga conservar muchos años, pernoctará en esta villa con todo su séquito. Lo que se pone en conocimiento de todo el vecindario para que enjalbegue fachadas; arreglen paredes; limpien calles, muladares, fuentes, pilares y acequias, y presenten la villa conforme a las ordenanzas establecidas. Los alguaciles y el almotacén vigilarán esto, y si no se cumpliere serán penados con cincuenta maravedíes blancos».

Alanís se puso manos a la obra. En sus calles todo era un ir y venir, desasosiego y prisas. Todos querían mostrarla con su cara más resplandeciente y grata a visitantes de tan alta prosapia, incluso los pocos moriscos que quedaron también participaban, entre los que se encontraba el padre de Acsia, que tras el desastre contra Garcilaso permanecía en el más absoluto mutismo, aunque «la procesión» la

llevaba por dentro. El Concejo decidió que el mejor lugar para establecer el vivac para albergar al cortejo real sería a las afueras de la villa en el llano denominado El Parral, que en su mayor parte estaba de viñas, pero había varias fanegas dedicadas al cereal y al cáñamo y en ese invierno estaban en añojal. Además, disponía de una fuente de abundante y saludable agua, con abrevaderos para las caballerías, bueyes y el diverso ganado que serviría de sustento. Y así, los vecinos contaban los días a la espera de que llegaran viajeros tan ricos y poderosos.

A mediodía del domingo 12 de febrero, llegó la avanzada del cortejo real con el Inquisidor General: el cardenal Espinosa. La comitiva venía procedente del castillo de Reina y entró en el alfoz de Alanís por la cañada de las Merinas, para seguirla paralela a la rivera de Ben-Alija y cerca de la base del cerro Hamapega tomar la vereda de Guadalcanal, ya que era el camino más llano y accesible para carros, caballerías y personal de a pie. Una compañía de soldados servía de seguridad y guarda, y una ingente cantidad de sirvientes, cocineros y personal auxiliar, serían los encargados de tener preparado el vivaque con carpas, tiendas, corrales, comedores, alfombras de paso y todo lo necesario para que semejante grupo pernoctase fuera de sus nobles moradas. El rey y los más altos dignatarios se alojarían en las casas señoriales de la villa. Muchos de los vecinos fueron a darles la bienvenida a las afueras, al cruce de la calleja de Manzanares, que bordeaba la villa, con el inicio de la vereda a Guadalcanal, donde se había erigido un nuevo crucero para que peregrinos a Santiago, por el Camino de la Frontera, renovaran fe y se encomendaran a Dios. Entre los figones se encontraba Hernando, que deseaba ingresar en el ejército, aunque su padre no lo dejaba alistarse porque sabía que no llegaría a los cuarenta, pues eran muchos los frentes de batalla que tenía abierto el Imperio.

El lunes 13, Alanís se quitó la capa de la luna muy temprano. No se sabía exactamente, cuando aparecería el monarca y todos querían estar levantados para cuando llegara. Las autoridades locales organizaron una misa de gracia y después un acto de pleitesía en la nueva plaza, para que el soberano tomara contacto con sus súbditos. Habían seleccionado a unos representantes de cada grupo social para que ofrecieran su lealtad al rey y al Imperio. Por parte de los moriscos, habían escogido al padre de Ana María por ser sumiso y no haber participado en la revuelta del año anterior. En la parte festiva se

cantaría y bailarían una zarabanda, pieza musical de reciente aparición en España y originaria de tierras americanas, en honor a los múltiples hijos de esta villa que estaban en aquellas, entre los que destacaban los León: Juan, el padre, y su hijo Baltasar, y Juan de Castellanos, que se decía había comenzado a escribir «unas elegías a los ilustres varones de Indias» y que hacía pocos años que había sido nombrado prebendado en la parroquia de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, nombre dado a los extensos territorios conquistados allende los mares. Por último, Ana María bailarían una danza derivada del *raqs sharqi*, ya que el padre de esta lo había propuesto con gran empeño, y además, muchos coincidían que era una maravilla ver como la moza se movía al son de la música. Las autoridades no sabían que de esta manera el padre de la joven se proponía vengarse de toda la cristiandad, al meter en el acto esa cuña un tanto prosaica e irreverente con las costumbres y maneras del momento, debido a las raíces orientales y movimientos casi eróticos del baile.

Sobre las doce del mediodía, un vigía apostado en el cruce entre la cañada de las Merinas y el cordel de los Carros, oyó el toque del cimbaillo del beaterio de San Miguel de la Breña, que más tarde sería un sobrio monasterio, con el que los primeros monjes basilios saludaban a su rey y a toda la compañía. Cuando el cortejo regio se aproximaba a ese lugar, montó sobre su caballo alazán y, a todo galope, emprendió partida hacia el pueblo, para así llegar lo antes posible y avisar a las autoridades y a todos los vecinos. Entró por la cuesta Blanca, ondeando un improvisado estandarte con el escudo heráldico de la villa que databa de 1461 cuando se creó el primer Concejo. Un vigía apostado en el campanario de la torre de la iglesia, inmediatamente, comenzó a tocar la campana y el campanillo de esta. A continuación, hicieron lo mismo sus homónimos de la ermita de San Juan, del beaterio de Santa María de Jesús, que más tarde sería el convento de Santa Clara, del hospital de la Caridad y de la ermita de la Vera Cruz. Alanís quedó bajo el influjo de estos ensordecedores y a la vez seductores sonidos, que hacían del momento algo sublime nunca oído y sentido antes. La gente ansiosa por ver de cerca al rey y a personajes tan importantes, salió impetuosa a la calle y se fue agolpando a lo largo del itinerario previsto: calles Triana, Mesones y Plaza del Cabildo.

En la lejanía ya se oía el redoble de tambores que marcaban el paso al regio cortejo. Los primeros plumeros de los soldados

aparecieron por la vereda de Guadalcanal a la altura de la fuente del Pilarejo. El gentío comentaba y elucubraba como serían los trajes de los cortesanos y del rey y ... pronto lo supieron. Por las primeras chozas y casas de la calle Triana aparecieron a caballo: el conde de Chinchón, mayordomo del monarca; los embajadores de Francia, Portugal y Venecia; los condes de Buendía y de Cifuentes, y un sinnúmero de asistentes y criados. Trajes fastuosos; capas de buen paño sujetas por fíbulas de metales preciosos con pedrería incrustada; sombreros emplumados; sables con empuñadura de plata; amen de guantes, botas, cinturones y demás accesorios. Todo hacía de la comitiva un espectáculo maravilloso para aquella rústica gente, y ... apareció la carroza del rey. Venía vestido muy sobrio como era la norma y costumbre de los Austrias y, además, de luto, pues hacía poco más de un año de la muerte de su tercera esposa Isabel de Valois. Por las ventanillas de ambos lados del carruaje saludaba con la mano a sus alborozados súbditos. Todos se descubrían y bajaban la cabeza, y algunos se arrodillaban a su paso. Tras la carroza de Felipe II acompañaban los príncipes de Bohemia (Rodolfo y Ernesto de Austria), el príncipe Rui Gómez de Silva, los duques de Feria y de Nájera, los marqueses de Mondéjar y de Aguilar. El delirio se apoderó de la plebe. Hubo muchas carreras para cambiarse de sitio y volver a verlos otra vez. También hubo algún que otro síncope, pero nada que el tiempo no curó.

Tras la solemne misa con la correspondiente dosis de incienso y cantos en latín a cargo del sochantre, los personajes de la corte salieron al atrio de la iglesia y en un improvisado palco se dispusieron a recibir pleitesía de sus súbditos. Ante el rey pasaron los representantes acordados, que en nombre de todo Alanís mostraron la sumisión de esta villa al «rey del mundo». Después, sonó en toda la plaza y en el más absoluto de los silencios, la zarabanda, bailada por un grupo de jóvenes locales. Y llegó el turno de Ana María, que hizo su entrada entre un círculo de muchachas y se colocó en el centro de ellas. Hernando, que dio la casualidad estaba en primera línea del público periférico, quedó estupefacto y perplejo. Nunca la había visto por Alanís y jamás, en su vida, había conocido a una mozuela tan bella. Incluso el propio rey pareció despertar de su letargo tras tanto incienso y oración. No imaginó que semejante beladad podía ser de una villa tan pequeña perdida en esta serranía.

Ana María entró descalza, con una falda marrón de vuelo ajustada a la cintura por un cinturón, de donde colgaban hebras de monedas y pedrería. Un tul blanco daba continuación a esta prenda hasta un corpiño negro, adornado por flecos de perlas, que cubría su busto y espalda. Una gargantilla de finos corales engarzados con hilillos de plata circundaba su esbelto cuello y unos pendientes, que hacían juego con esta, daban luz y brillo a su cara. Sobre su cabeza, una diadema de florecillas sujetaba un gran velo que envolvía toda su figura y que sería empleado en su baile. Tenía Ana María un cabello negro y ondulado, sedoso y con un brillo natural que reflejaba los rayos del sol como si llevara entrelazados filamentos de brillante cristal. Le llegaba casi hasta la cintura y cada vez que su movimiento de cabeza lo descolgaba hacia atrás, cataratas de negro ámbar parecían descender hasta el suelo. La belleza de la núbil era sin par. De tez un poco morena, que delataba sus originarios genes bereberes, sus ojos negros como el azabache, grandes y a la vez almendrados, le daban una mirada profunda y tranquila que delataba su pureza e inocencia, protegidos por unas grandes pestañas y unas cejas levemente rizadas. De nariz proporcionada y boca un poco grande, con labios carnosos en forma de corazón, que junto a los ojos eran el foco de atención de aquella cara que actuaba como un imán irresistible para las miradas, tanto masculinas como femeninas; además, Ana María poseía un cuerpo sensual, que parecía haber sido modelado por el mismísimo Miguel Ángel antes de partir para la eternidad, a pesar de que la vestimenta y el velo querían ocultarlo. Un poco alta, aunque bien proporcionada, de carnes prietas y trabajadas, a cada movimiento de su cadera al son del *raqs sharqi*, el cuerpo de Hernando se estremecía. Él seguía absorto el contorno de esta y todo lo demás pasó a un segundo plano desapareciendo de su vista. Solo tenía ojos para aquella irresistible zagala, que en una de sus vueltas fijó la mirada en él. Hernando sintió que su corazón no le cabía en el pecho y que su cara desprendía un calor que la abrasaba. El tiempo pareció detenerse para que él pudiera contemplarla y, a la vez, recrearse en aquel bello rostro y en su excitante cuerpo. El cardenal Espinosa a su vez, viendo los movimientos de la joven, se llevó las manos a la cabeza y moviéndola de lado a lado, resoplaba. El padre de Ana María tenía una sonrisa de oreja a oreja, no solo por lo bien que estaba bailando su hija, sino por el fastidio que dicho baile causaba en el cardenal y algún que otro clérigo asistente. Esa era su pequeña venganza de la cristiandad.

Para Ana María, Hernando tampoco pasó desapercibido, pues este era un joven de cabellos castaños semiondulados, un poco largos, de ojos verdes y vivaces, boca grande y sensual, nariz recta y perfecta y en su mentón había un hoyito que hacía de su cara una auténtica efigie romana. Iba vestido con calzón metido dentro de unas polainas de cuero; una camisola blanca de lino con manga larga cubría su pecho y tras los cordones del cuello mostraba unos varoniles vellos; un cinturón con adornos de marroquinería recogía su cintura y le daba un aspecto viril, de hombre fuerte y musculoso producto del duro trabajo en la sierra; lo envolvía una capa de fieltro marrón recogida hacia su hombro izquierdo. Ana María, al quedar frente a él, quedó también un poco perpleja y aturdida, lo que hizo que perdiera el compás de la música por unos momentos, pero pronto reaccionó y prosiguió con su baile. Mas, ahora era distinto. En adelante se lo dedicaba a él, a ese muchacho alto, guapo y fuerte de la primera línea que, embobado y sorprendido, solo tenía ojos para ella. Los movimientos sinuosos de manos y brazos de Ana María parecían acariciar a Hernando. Este, a su vez, la envolvía con su mirada y acompañaba a todo su cuerpo en la danza. Solo ellos dos existían. Sus mentes y sus cuerpos se enviaban mensajes de atracción. Ambos se unieron en sentimientos de pasión desde esos momentos.

Y todo pasó. El día catorce el monarca prosiguió su viaje y Alanís quedó otra vez en la monotonía, aunque ahora con un gran y nuevo motivo para entablar conversación. Los comentarios acerca de la visita; de la importancia y vestimenta de los protagonistas, y de su fascinante vida en la corte, duraron hasta algunos meses después. Sin embargo, para Hernando y Ana María, todo aquello era secundario. Sus pensamientos solo estaban en el otro y todo era zozobra y ansiedad de amor. Un desasosiego embargaba sus mentes y, en este estado, ya no tenían otra idea en la cabeza que la de verse nuevamente. Hernando dio el primer paso y empezó a rondar la casa de Ana María. Esta, como si por telepatía lo hubiera sabido, convenció a su padre para que, junto a una amiga, la dejara ir a comprar unas hortalizas a una huerta de las afueras, de afamado nombre, por la exquisitez de sus verduras, tubérculos y su fruta, ya que era regada con el agua que manaba de una fuente cercana conocida por el nombre de fuente de las Piletas, pues estaba construida con tres pilas en ladrillo visto al estilo mudéjar. La primera era un semisol y en el centro de su arco había una cabeza de leoncillo esculpida en arenisca, por donde salía un chorro de transparente y fresca agua. Esta vertía a

otra pileta alargada que servía de abrevadero para el ganado, y a su vez esta desembocaba en una alberquilla cuadrada de unas cinco varas y media de lado y casi una de profundidad, que servía de aljibe para el riego de las huertas que más abajo se encontraban. En la primera estaba Ana María saciando su sed, cuando Hernando apareció montando un caballo blanco, con unas crines largas y onduladas que daban majestuosidad a su jinete. A Acsia le dio un vuelco el corazón y las piernas le temblaron, y gracias a que estaba sentada sobre el pretil de la fuente no cayó al suelo. Hernando, por su parte, no sabía como iniciar la primera conversación con ella. Ruborizado y con leve balbuceo le salió un: «Buen día nos dé Dios», a lo que ella, ya recuperada de la primera impresión, respondió: «Que así lo quiera». Tras este titubeante primer contacto, Hernando bajó de su corcel y se acercó a la fuente y a Ana María. La amiga, que se dio cuenta de que el dios del amor había hecho estragos en ambos, se adentró en la huerta cercana y los dejó solos. El corazón de Acsia palpitaba cada vez más rápido, a medida que la distancia entre ambos se acortaba. Se miraron de cerca y demasiados deseos pasionales se cruzaron entre ellos, llevándolos a pensar que ya no podrían vivir sin estar juntos. Después, siguieron conversando de cosas triviales hasta que la amiga volvió y los despertó de esa obnubilación que produce el nuevo enamoramiento.

De una a otra escapada de la joven, iban quedando citados y, a escondidas, continuaron viéndose en la fuente durante el resto del verano y todo el otoño. Ya en invierno las salidas eran más difíciles y sus sentimientos estaban alterados esperando ansiosos la mejora del tiempo para verse más a menudo. Cuando llegó la primavera, el anhelo carnal irrumpió de nuevo en sus cuerpos y fue en un atardecer de un radiante día del mes de las flores, cuando estando sentados sobre su fuente favorita, al aproximar sus caras, Hernando tomó la de Ana María entre sus manos y acercándola, besó sus labios suavemente y con dulzura. Aquellos labios que durante tanto tiempo había deseado. Ella, que soñaba con que esto pasara, cerró los ojos y correspondió pasando sus manos por el cuello del gallardo muchacho. Hernando la tomó por la cintura, la atrajo hacia sí y la abrazó tiernamente, fundiéndose ambos en un beso pasional que hizo que sus cuerpos respondieran con deseos inconfesables. Acsia, por primera vez, se sintió princesa de un cuento de hadas y no una pobre y relegada morisca. Aquellos poderosos brazos la rodeaban con delicadeza, pero a la vez le transmitían fuerza, seguridad, vida y deseos carnales.

Ninguno de los dos pensó, en aquellos momentos, que la Inquisición veía pecado en todas estas manifestaciones de amor y que prohibía expresamente el beso en los labios entre hombre y mujer, pero como se encontraban solos y además, el Renacimiento estaba rompiendo reglas y costumbres arcaicas, siguieron por tanto, dando rienda suelta a su pasión. Entre caricias, besos y abrazos se prometieron amor eterno. La fuente de las Piletas fue testigo de ello.

El tiempo continuaba su curso y Hernando y Ana María seguían con sus encuentros, cada vez más asiduos y más arriesgados, puesto que su amor y su pasión iba *in crescendo*. Un día la muchacha fue con unas vecinas a lavar a un arroyo cercano llamado regajo de los Coladeros. Hernando que lo sabía, a media tarde se acercó con su caballo hasta él, para recogerla y ayudarla a traer la cesta con la ropa. Le propuso que subiera al corcel e hicieran juntos el camino. Ella, con la ingenuidad y a la vez osadía de la juventud accedió, y montada en la grupa del animal, a horcajadas, con una mano agarraba la cesta situada en su cuadril y con la otra se asió a la cintura de su amado. Este sintió como las turgentes colinas de su amor se aplastaban sobre su espalda y, junto a aquella mano cercana a la fuente del placer, comprobó como su cuerpo respondía ante estímulo tan gratificante y excitante, y un poco ruborizado y sin apenas mediar palabra, soñando con lo prohibido, siguió el camino. Muy felices y contentos venían hacia la población, cuando fueron vistos por un morisco amigo del padre de Acsia, que no tardó ni un minuto en ir con la noticia a este. El frustrado progenitor, en principio, no mostró la más mínima señal de contrariedad, pues no se fiaba mucho del alcahuete, pero la duda empezó a corroerle las entrañas. Si era verdad, no podía permitir esta unión. «Jamás mi hija se casará con un cristiano», pensaba. Si era mentira, para nada iba a desvelar sus verdaderas intenciones. Sin decir nada, se propuso verificar por sí mismo si todo aquello que le habían contado era cierto, pues ya tenía otros rumores de que los jóvenes andaban juntos.

Un nuevo acontecimiento se avecinaba sobre Alanís. Otra vez iba a ser lugar de paso y estancia de otro cortejo, aunque esta vez fúnebre. El rey Felipe II había ordenado trasladar, desde la Capilla Real de Granada hasta el Panteón de los Reyes, en El Escorial, los restos mortales de varios miembros de su familia. Estaba previsto que el acompañamiento pernoctara varios días en esta villa debido a la acogida que, hacía cuatro años, se le prodigó al rey y a su séquito.

El sábado 9 de enero de 1574, entró la comitiva en la villa por la vereda de las Navas y montó vivaque en el llano el Parral. Durante tres días los féretros estuvieron alojados en la iglesia. En el segundo día hubo una solemne misa celebrada por el obispo de Jaén, que acompañaba en el séquito, acto que fue aprovechado por el vecindario para descansar del trabajo y salir a ver a personas de tanta alcurnia, aunque con la visita de años atrás ya la cosa no le sorprendió tanto. Ana María y Hernando hicieron cosa similar a sus paisanos y aprovecharon para verse en la nueva plaza, ya que la iglesia quedaría colmada de gente y no se podría entrar. Estando en el rincón formado por el atrio y la escalinata de este, casi cogidos de la mano y rozando levemente, las yemas de sus dedos para que el flujo amoroso y la pasión contenida pasaran a través de ellos, fueron vistos por el padre de la muchacha que había salido a ver si los cazaba y no para alcahuetear cosas de cristianos. Sin mediar palabra miró a Acsia y le hizo un gesto con la cabeza, indicándole se fuera para casa. Ella tembló de arriba abajo y comprendió los problemas que se derivarían de este encuentro. El padre la esperó junto a la chimenea lleno de ira y rabia. Cuando su hija llegó, le dio una desmesurada paliza con un latiguillo, prohibiéndole, terminantemente, que saliera de ella y, además, que siguiera viendo a ese maldito cristiano. Raudales de lágrimas corrieron por las mejillas de la muchacha, mas no por la azotaina y los verdugones que llenaban su cuerpo, sino por el mayor de los castigos que podían infringirle, y que no era otro que el no poder ver a su amado Hernando.

Ante la confirmación de tales hechos, el padre de Acsia, urgentemente, mandó un mensaje a su pariente de Mequinez, avisándole de lo mayor y hermosa que estaba su hija y de las ganas que esta tenía de ser su esposa. Debería darse prisa, pues la joven al ser tan atractiva y de tan buen ver, podría darse que algún cristiano la engatusara y la cautivara, siendo una pena que semejante núbil se la llevara un infiel. De esta manera el padre de Acsia engañaba a su allegado y le apremiaba a que viniera a recogerla. Así se cumplirían sus dos deseos: el primero, que Acsia no se casara con un cristiano; el segundo, el de irse de esta tierra y abandonar su miserable vida en ella.

No pasó mucho tiempo. A mediados del mes de junio llegó el africano acompañado por dos criados. Se instaló en la posada de la

villa. En Alanís se comentó aquella visita y el padre de Acsia contó que era un pariente rico y comerciante que venía en viaje de negocios por estas tierras. Era un hombre adulto que casi triplicaba la edad de Acsia, bien vestido con indumentaria árabe, ya que a él no le afectaba la nueva normativa para los moriscos, pues era extranjero. De tez muy morena tirando al negro, con una barba donde aparecían algunas canas que delataban su edad, y de nariz aguileña y ojos hundidos, que le daban un aspecto maligno y de poco fiar. Cuando vio a Acsia, quedó deslumbrado por la hermosura y el cuerpo de la joven, y para sus adentros pensó lo bien que lo pasaría en el harén con ella. Acsia, sin embargo, quedó horrorizada al ver a aquel hombre tan mayor para ser su esposo y, además, presentía que era mala gente. Aparte de lo que significaba pasar de una vida al lado de su amado Hernando, a estar de concubina en un harén africano, por muy lujosa que esta fuera.

Todo fueron agasajos al visitante por parte de la familia. El padre de Acsia contó a su pariente que se aproximaban las fiestas de San Juan y, dado que se celebraban de noche, él podía aprovechar para llevársela, así no habría problemas con el vecindario. Después, él y su mujer venderían la tosca vivienda y la curtiduría y se irían para África. Acsia, que escuchaba esta conversación tras una puerta, quedaba petrificada y lágrimas de dolor corrieron por sus mejillas. Mas, con la fuerza que da la juventud enamorada, al día siguiente, a través de la pared del corral, se puso en contacto con su vecina y amiga para que esta avisara a Hernando y le hiciera saber los planes de su padre y su pariente. Además, debía decirle que estaba dispuesta a escapar junto a él a tierras desconocidas, donde su progenitor no pudiera entregarla al africano.

Llegó el día de San Juan. La mayoría de los jóvenes de Alanís subía a los alrededores de la ermita y del castillo, y junto a hogueras comían, bebían y bailaban hasta el amanecer. Algunos aprovechaban el manto de estrellas para retozar un poco y manifestarse amor. Acsia y Hernando tenían su plan, que no era otro que a la medianoche se verían en «su fuente de las Piletas» y de allí partirían hacia tierras de Castilla para comenzar una nueva vida juntos. El bereber tenía el suyo, que era tomar a la joven, con o sin su consentimiento, y salir al amanecer para tierras africanas. Llegada la hora prevista, Hernando y Acsia se encaminaron por sitios distintos hacia la fuente de sus amores. El progenitor y el pariente buscaron a la muchacha por entre los grupos de hoguera y, por supuesto, nadie la había visto. El padre

ya tenía oído que se veían en la fuente de las Piletas y su pensamiento ladino intuyó que allí se encontrarían. Junto al moro y sus dos criados, pasando por la zona de siete caminos, se dirigieron a esta.

Acsia había llevado a Hernando una rosa muy roja, como era su pasión por él. Ambos estaban abrazados al pie de la fuente. Acsia lloraba, lamentándose por tener que partir de esta manera de la tierra que la había visto nacer, cuando aparecieron los cuatro agarenos. El grupo se acercó a la pareja, que al verse sorprendidos se separaron y nunca pensaron lo que iba a suceder después. El padre de Acsia se interpuso entre ambos y encarando a Hernando lo reprendió por su comportamiento y le juró y perjuró que la joven nunca sería suya. Hernando, entre perplejo y abrumado por lo acontecido, sin darse cuenta, dio la espalda a los otros tres individuos. La hoja de una daga brilló en la noche y en un segundo traicionero penetró en los riñones del muchacho. Este sintió el pinchazo asesino en su dorso y se volvió para defenderse, pues su instinto de conservación le avisó que la parca venía por él. Agarró al africano, con la mano izquierda, por el frente bordado de la chilaba que llevaba puesta y con la derecha le asestó un puñetazo en la mandíbula que cayó de espaldas al suelo, sin embargo, el puñal no lo soltó. Inmediatamente, los dos criados saltaron sobre Hernando y cogiéndolo por ambos brazos lo sujetaron para que de nuevo su amo, ya incorporado, clavara otra vez aquel cuchillo mortal en el vientre del mozo. Acsia gritaba y gritaba y nada podía hacer ante la fiebre sanguinaria de cuatro hombres. Hernando, herido de muerte, se tambaleaba, y su vista, que empezó a nublarse, solo pudo ver a Acsia que corría y se perdía entre la arboleda del arroyo. Quiso decirle: «Adiós para siempre amor mío», pero un acceso de sangre fluyó por su boca e impidió que palabras tan llenas de verdad y amor salieran de ella. Mas, el vil sarraceno no tuvo bastante, y de nuevo le asestó otra puñalada en el pecho, que hizo que Hernando soltara su último aliento de vida y cayera de espalda a la alberca. La luna, que se reflejaba en la superficie del agua, pronto empezó a teñirse de rojo debido a la abundancia del líquido de vida que manaba del cuerpo del joven. Este yacía boca arriba, flotando sobre aquel caldo espeso y rojizo que llenaba el aljibe, con los dos puños cerrados y con los brazos casi en cruz, como presentándose al Supremo.

Tras los momentos de tensión y muerte, los cuatro criminales se percataron que Acsia no estaba. Había desaparecido. Comenzaron a buscarla por entre los árboles y maleza del arroyo. «Acsia», «Acsia»,

la llamaban, pero la muchacha nunca apareció. Alboreando el día decidieron terminar la búsqueda e irse para casa y si alguien preguntara, ellos nada sabrían de lo acontecido esa noche. Sin embargo, la suerte de la verdad y la justicia, una vez más, triunfó sobre la vileza y la maldad, y toda la escena tuvo un testigo. Un pobre hombre, algo retrasado y con media lengua —por ello los vecinos se reían de él cuando hablaba—, había presenciado casi toda la escena criminal, pues vivía semirrecluido en una choza en la huerta por encima de la fuente. Los gritos de Acsia lo despertaron y fue a ver lo que pasaba. Casi temblando y con el corazón constreñido presenció, agazapado tras unas parras, todo lo que allí había sucedido. Una vez que los asesinos se fueron, corrió hacia el cerro del castillo y con los ojos desencajados y moviendo la cabeza de lado a lado, porque no podía pronunciar, como loco, de hoguera en hoguera, iba diciendo: *Asio, asio e moro, eafuente aspilitas, asio eafuente deaspilitas, emoro lamatao*. Mas, como a esas horas los pocos que quedaban estaban en brazos de Baco, nadie le echó cuenta y todos se rieron nuevamente de él.

Aquel amanecer salió con unas nubes rojas en el horizonte como reflejando lo sucedido en la madrugada anterior. El padre de Hernando, al ver que este todavía no había llegado, salió de su pequeña vivienda y fue a casa de sus amigos a preguntar por él. Ninguno lo había visto la noche anterior. Uno recordaba las palabras del retrasado hortelano: «El moro lo ha matado en la fuente de las Pilitas». Como presagiando lo peor, todos se encaminaron hacia ese lugar. Cuando llegaron y avistaron el cuerpo, el padre de Hernando se desmayó. Los amigos, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, sacaron el cuerpo del finado muchacho y al ver que tenía los puños cerrados se los abrieron, comprobando que en la mano derecha tenía la rosa que Acsia le había regalado. En la mano izquierda, un trozo de calabrote de una túnica moruna. Rápidamente, dieron parte a los alguaciles del Cabildo que fueron a la posada y confirmaron que a la vestimenta del bereber le faltaba ese trozo. Presto lo detuvieron junto a sus criados y al padre de la moza. Este, como era cobarde y de poco espíritu, rápidamente, lo confesó todo y, además, pidió que buscaran a su hija ya que todavía no había aparecido.

Durante tres días se buscó a Acsia, sin fortuna. La muchacha desapareció para siempre y nadie más supo de ella. Los vecinos reconocieron la importancia del hortelano en el esclarecimiento del

asesinato y ya no volvieron a reirse de él e incluso le ayudaban cuando quería decir algo. Además, desde entonces empezaron a llamar al citado manantial: *fuelle de las Pilitas*.

Alanís siguió con su vida campesina y tranquila. En la noche de San Juan del año siguiente, un mozo que sufría lo que se llamaba «mal de amores», porque su profunda pasión no era correspondida por la moza de sus desvelos, desde el cerro del castillo oyó como una canción muy dulce, suave y melodiosa provenía de la fuente de las Pilitas y seguido el llanto desconsolado de una joven. Con unos amigos se acercó hasta el lugar, viendo como una sombra con túnica blanca, que emitía un halo a su alrededor, paseaba entre los pilares y de vez en cuando se sentaba sobre el borde de la fuente para acariciar sus largos y negros cabellos; tenía las formas de la desaparecida Acsia. Mas los amigos nada veían. Sin embargo, él, a medida que se aproximaba, sintió como esta le preguntaba por su amado Hernando. El muchacho, en plena obnubilación, le contestó en voz alta, y los amigos al oírlo se rieron y lo tacharon de atontado. Entonces, el espectro de Acsia desapareció.

El mozo, que quedó muy afectado por visión tan fantástica, fue contándolo por todas partes, y por ello, en la siguiente noche de San Juan, muchos fueron los que vigilaron la fuente para ver si el «espectro de Acsia» se aparecía. Se dio el caso, que solo aquellos que tenían auténtico «mal de amor» la pudieron observar. Sin embargo, algunas muchachas juraban que habían hablado de su desgraciado amor con ella, sintiendo gran alivio y volviendo confortadas a la realidad.

Desde entonces, a este fenómeno se le conoce como *El encanto de las Pilitas*. Todo corazón, que sufra de dolencia amorosa, puede hacer vigía en la citada fuente en la medianoche de San Juan y si, realmente, está afectado por semejante mal, podrá ver y hablar con el espectro de la bella Acsia. Así ha venido sucediendo desde aquellos tiempos hasta nuestros días.



Espectro de la bella Acsia en la fuente de las Pilitas



LA PROFANACIÓN DE LA REINA MUERTA



Para Alanís, aquella Navidad fue distinta a todas las anteriores. Un comisionado acompañado por dos soldados llegó a la villa con encargo real. Portaban un mensaje personal del rey Felipe II dirigido al regidor del Concejo. En él se decía que, sobre mediados del cercano mes de enero, llegaría a esta población el cortejo fúnebre que acompañaría a los restos mortales de su madre la emperatriz Isabel, de su primera esposa María Manuela de Portugal y de sus dos hermanos menores Fernando y Juan, que serían trasladados desde la Capilla Real de Granada, hasta un nuevo panteón familiar que se estaba construyendo en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Así daría cumplimiento al último deseo testamentario de su padre el rey Carlos, que quería quedar enterrado en ese sitio junto a su esposa y con los ulteriores miembros de la nueva dinastía de los Austrias, alejado de los habituales lugares de entierro de los Trastámara. Deberían preparar los cultos religiosos apropiados a la alcurnia de los fallecidos, así como las casas que acogerían a los acompañantes de reconocida prosapia, y el lugar para pernoctar y yantar el resto del séquito, que sería cercano a las dos mil personas.

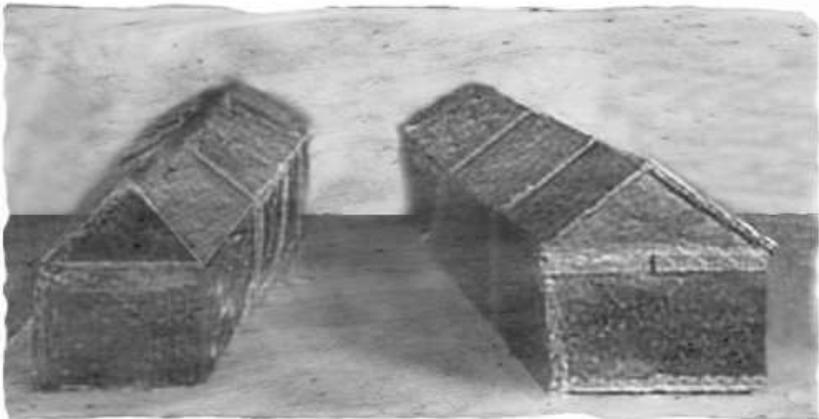


Carlos I e Isabel de Portugal



Felipe II y María Manuela de Portugal

El alcaide, ante tal requerimiento, dictó mandato a la población con las obligaciones de limpieza de calles, fachadas, muladares y fuentes. Añadió también algunas normas que esta debería observar para el recto proceder ante tales dignatarios. Alanís al completo se puso en marcha para adecentar la villa acorde al abolengo de semejante séquito.



Dos de los féretros

Sobre el mediodía del sábado 9 de enero del año del Señor de 1574, aparecieron las primeras picas de los lanceros por la vereda de las Navas, tras dejar atrás el cordel de los Carros. En el llano del Parral quedó la mayoría para preparar el vivaque donde pernocharía el séquito. Otros se quedarían en el castillo, que ya estaba en desuso, aunque todavía podía servir para alojar a la milicia, ya que este había sido su cometido durante las centurias precedentes.

El séquito de nobles, comendadores y carruajes con los féretros, escoltados por una compañía entre piqueros y arcabuceros, pasaron por el puentecillo que cruzaba el regajo del Parral. Llegó a la calle San Nicolás y pasó por delante del reciente convento de monjas Clarisas, pues este hacía tres años que había sido vinculado a la comunidad franciscana de la provincia de los Ángeles, pasando de beaterio a convento formal y reglado. La que hacía de guardiana se asomó por la mirilla del portón para ver algo del acontecimiento, para después contarlo a las demás, aunque estas, voluntariamente, habían renunciado al mundo exterior para ofrecer su vida a Dios. La importancia del evento bien merecía saltarse, un poco, el voto de clausura.

Desde la plazuela de la Corredera pudieron otear la casa solariega de los Hierro, familia ilustrada y pudiente de Alanís, donde algunos nobles pernocharían, y un poco más arriba, la ermita de la Vera Cruz, que al paso del cortejo lo saludaba con toque de campanillo.

Llegaron a la iglesia, donde en su puerta esperaba ansioso todo el personal eclesiástico, el regidor de la villa y demás cargos de autoridad local, amen de vecinos congregados para ver de cerca a personajes con tanta hidalguía y poder. A los féretros, acompañaban el obispo de Jaén, el II duque de Alcalá de los Gazules, el marqués de Villanueva, el conde de la Puebla, el hijo del marqués del Valle y otros comendadores, que con la solemnidad propia de su abolengo y del momento, saludaron distantes a los emocionados concurrentes, y acompañaron a los ataúdes hasta el túmulo preparado al efecto bajo la escalinata del presbiterio de la iglesia. Estos, de madera y plomo, fueron cubiertos por un manto fúnebre de terciopelo negro con ribetes bordados en hilo de oro, y en el centro el blasón de Carlos I, vigente todavía en el reino. Fue realizado el correspondiente repensorio para recibir en el sagrado edificio a tan honorables restos. Al finalizar, con dos alabarderos de guardia, quedaron

expuestos al público asistente que, en silenciosa fila, iba pasando por delante del catafalco y, con cabeza descubierta y gacha, expresaba su respeto y deseo de eternidad a tan nobles finados. La misa de réquiem y otros actos religiosos, estaban programados para el día siguiente, pues al tercer día el séquito seguiría el itinerario previsto hacia Madrid.

La tarde del día diez estaba gélida. Un céfiro de arriba hacía que pocos se despegaran de las chimeneas, que con buen tuero de encina y algunos leños eran el centro de las miradas de las reuniones familiares, donde se comentaba todo el acontecimiento y sus protagonistas. La noche se avecinaba con niebla, al igual que las anteriores. Al lubricán se cerró la iglesia, quedando dos soldados de guardia en la entrada de la plaza, pues la puerta opuesta quedó bien cerrada con llave y atrancada por dentro. Lo mismo se hizo con la puertecilla situada en el centro del pie del templo y bajo la torre, que era utilizada básicamente, por los monaguillos para acceder a tocar las campanas desde abajo, pues un agujero a modo de chimenea permitía el paso de las sogas desde estas hasta el suelo del edificio. El capitán de la guardia nunca pensó que, en una villa tan pequeña y perdida en estas sierras, podría suceder lo que más tarde acontecería y, por tanto, le pareció bien dejar solo dos hombres de guardia en la puerta principal.

El túmulo seguía expuesto y dos velones sobre candelabros de plata, colocados en el frontal del mismo, iluminaban tenuemente el interior de la iglesia. En el silencio y quietud de la madrugada, unas sombras fantasmagóricas se proyectaban en las paredes del recinto bendito y, sigilosamente, se acercaban a los féretros. En el exterior una espesa niebla cubría la villa y la envolvía en un ambiente tenebroso, en el que solo se oían, en la lejanía, los aullidos lastimeros de unos perros. Únicamente, el resplandor de una antorcha encendida en la puerta de la iglesia daba un poco de vida y luz al lugar, mientras que los lanceros, envueltos en sus capas, dormitaban recostados en las jambas del portón, esperando el cambio de guardia que parecía no llegar nunca.

Al amanecer del día once, entre la niebla se divisaban las siluetas del cura prebendado y la del sacristán que, con paso ligero y bajo capisayos, llegaban al campamento donde se aposentaba parte de la guardia. Bajo una carpa que resguardaba del relente, se dieron un

calentón de manos en la agónica hoguera donde un trashoguero y unos tocones ardían quietamente, mientras venía el capitán de los lanceros que había salido del recinto para aliviar necesidades perentorias del cuerpo. Su misión era entrar en la iglesia y organizarla para los fastuosos cultos que se habían programado para media mañana, con asistencia de miembros del cortejo y vecinos.

El sacerdote, junto al servidor del tercio, dos soldados y el sacristán entraron en la estancia santa y encaminaron sus pasos hacia el catafalco, guiados por la lánguida luz de los cirios y la tenue claridad multicolor que se filtraba por las vidrieras de las dos ventanas laterales del presbiterio, coronadas por singulares rosetones de cinco lóbulos, pues la del centro había sido ocultada por el magnífico retablo Mayor que en los inicios del siglo se había colocado en él, para encandilamiento de creyentes y disgusto de infieles, pues todavía existía en Alanís un nutrido grupo de moriscos y otros desapegados de cualquier religión. El clérigo se paró en seco y extendió los brazos para que los acompañantes también se detuvieran. Una tiritera recorrió todo su cuerpo y una expresión, mezcla de contrariedad y miedo, invadió su cara. Miró de soslayo al capitán y comprobó que este tenía el rostro lívido. Ambos comprobaron, con estupefacción, que los mantos fúnebres estaban tirados por el suelo. Su mirada inquisidora se posó sobre el ataúd de la reina madre, que le quedaba más cerca, y la realidad cruzó centelleante por su cerebro: ¡Había sido abierto! Los herrajes de cierre estaban violentados. Casi de un salto se aproximó a este y no solo comprobó lo irremediable, sino que sintió un chasquido seco de algo que había pisado. Levantó el pie y, aun con la apocada luz, pudo comprobar que era un trozo de hueso de un dedo. Lo recogió presto, tembloroso y con cierto disimulo, mientras que los demás indagaban los féretros. En la frente del capitán unas gotas de sudor frío habían hecho aparición, y con la cara desencajada y pálida ordenó a los soldados que con cuidado abrieran las cajas.

Destapados los ataúdes, todos pudieron comprobar con asombro que los cadáveres habían sido saqueados y expoliados. Joyas, alhajas y la más mínima ornamentación propia de su condición había desaparecido. A la reina madre, además, le faltaba el dedo anular de su mano derecha. Tal vez se lo arrancaron para quitarle el anillo real que en vida solía llevar y con el que fue enterrada. Era el mismo cuyos trozos quedaban en la concavidad de la mano del sacerdote y que cuidadosamente, los puso sobre su sitio originario. Ante la gravedad

del hecho, el capitán ordenó a un soldado que fuera, con mucha discreción y rapidez a la calle Mesones, a la señorial vivienda de un pariente en descendencia, de la que otrora fuera famosa y bellísima dama local, Isabel de las Casas, concubina de don Pedro Girón, vigesimoctavo Maestre de la Orden de Calatrava. En dicha casona se había hospedado el excelentísimo señor don Fernando Enríquez de Ribera y Portocarrero —II duque de Alcalá— encargado regio de la seguridad del cortejo. Debería informarlo y reclamarlo para que, a lo más urgente, se personase en la iglesia, ante la gravedad del hecho.

El duque entró con las narices hinchadas y resoplando. Por su cara se adivinaba que la ira inundaba todos sus pensamientos. Pidió informe al capitán de la guardia, no sin antes darle un intenso rapapolvo, tachándolo de inepto y prometiéndole segura degradación. Se acercó al ataúd de la reina, y al mirar en su interior comprobó, con estupor, la cara de la momia sobre el raso carmesí que forraba la tosca madera. Recordó entonces lo que, en su pubertad, se comentaba en la corte cuando la emperatriz murió. Era una de las mujeres más bellas de la época y al ser trasladada, tras su fallecimiento, desde Toledo a Granada, en mayo de 1539, el caballero de la emperatriz don Francisco de Borja, a la llegada, debía dar fe de que el cuerpo era el mismo de la partida. En Granada, al abrir la caja y ver el rostro horriblemente descompuesto e irreconocible de su adorada reina, tras tantos días de caluroso camino, no pudo certificar que era el cadáver de doña Isabel. Fue entonces cuando pronunció las celebres frases: «Jurar que es su majestad no puedo, pero sí juro que es su cadáver el que se puso aquí». Después añadió: «Nunca más serviré a señor que se me pueda morir». La impresión que sufrió fue tan grande, que siete años más tarde, y al fallecer su esposa, ingresó en la orden de los jesuitas. Un siglo después sería canonizado por el Papa Clemente X.

Don Fernando pensó, además, en lo que es una persona: «En vida: poder, peculio, identidad, belleza, atracción, futuro. Una vez muerta: huesos, badana, historia». Vuelto a la realidad y rehecho emocionalmente, no podía detenerse en reflexiones filosóficas. Tenía que seguir la indagación del suceso lo más presto posible, pues el tiempo se le echaba encima. Ordenó tapar los féretros y recomponer las cerraduras como si nada hubiera pasado, procurando que los mantos dinásticos ocultaran cualquier atisbo de lo sucedido.



Conversión del Duque de Gandia (Francisco de Borja)

Acompañado de los presentes realizó pesquisas para saber por donde habría entrado el profanador o profanadores. Al revisar las puertas del recinto bendito, el sacristán se percató que las sogas del campanario no caían junto a la puertecilla bajo la torre. Por otro lado, un soldado vio que unas huellas embarradas salían del hueco por donde se accedía a la escalera de esta.

Todo el grupo subió hacia la atalaya y en ella comprobaron que los cabos de la campana y del campanillo estaban cortados. Ante cosa tan extraña, avanzaron hasta situarse en el centro del combés. Allí vieron como una soga estaba atada al barrote quitamiedos en la ventana polilobulada que quedaba sobre el nuevo reloj de sol, que no hacía mucho tiempo se había colocado en la torre para ornamentación y como signo de los nuevos tiempos que se estaban viviendo en el reino. Se acercaron más y comprobaron que ambas habían sido anudadas y la resultante colgaba sobre la cara sur del tejado, suponiendo que llegaba hasta el suelo, pues con la niebla apenas se veía este. El duque sacó conclusiones inmediatamente: «Los ladrones han permanecido ocultos en el interior de la torre, con la complicidad de la noche, y desde su escondrijo se han introducido en la iglesia perpetrando su perverso fin. Después, han vuelto a subir e izando los cabos, por el agujero que al efecto horada esta, los han utilizado para descender ¡Así ha debido ser!». Mientras tanto, un soldado descubrió

el jirón de una prenda trabado en un clavo hincado en la jamba de la ventana desde donde se descolgaron. El capitán de la guardia vio la luz y pensó: «Este andrajo seguro pertenece a alguno de los ladrones. Me servirá para buscarlos».

Inmediatamente, el grupo bajó a la iglesia y el duque ordenó a los presentes que los hechos se mantuvieran en el más riguroso secreto. Nada debían decir de lo acaecido. La población y el séquito no debían enterarse de esto, pues si llegaba a oídos del rey más de una cabeza rodaría. La primera la suya.

A las once de la mañana, el obispo de Jaén hizo ceremoniosa entrada en el presbiterio del templo, acompañado por el cura prebendado, un triplete de curas auxiliares, dos sacristanes y el sochantre, deseoso de mostrar sus dotes en los cantos réquiem. El incienso que los monaguillos esparcían con un turíbulo de plata, sacado para la ocasión, envolvía la escena religiosa y daba la sensación de estar envuelto por célica boira. Los clérigos adlátere acompañaron el rito en escrupuloso latín para demostrar a los palaciegos y a sus propios, que ellos no eran solo unas simples tonsuras de un villorrio serrano y que estaban preparados para puestos más excelsos. El capiscal local no le quedó a la zaga y dio todo un recital de canto sacro, incluyendo tandas de gorjeos y algunos falsetes, que hicieron las delicias de los presentes.

Desde su asiento, el duque de Alcalá se secaba el sudor de la frente con fino pañuelo de lino, con sus nobles iniciales bordadas con los colores de su ducado: rojo, verde y amarillo. Miraba los féretros y rogaba al Hacedor celestial que nadie se diera cuenta del estado de estos. En el centro de la casi recién construida plaza se oían las intervenciones de los protagonistas de la liturgia, por aquellos que no habían podido entrar en la iglesia, atestada de tantos feligreses y correveidiles. Hasta su último rincón llegaba el olor a incienso que en demasía se gastaba en función tan especial. Mientras se alargaba la ceremonia con cantos, lecturas sagradas y predicaciones, el capitán de la guardia seguía el plan trazado por el duque para encontrar las joyas robadas.

Un alano con cara de pocos amigos ladraba delante de la choza de Martín, un hombrecillo enjuto que vivía a las afueras de la villa y, entre otras labores de subsistencia, se dedicaba a la caza. Tenía fama

por los alrededores de tener los mejores perros de rastreo. El dueño de la morada salió para ver qué sucedía y las piernas le flaquearon cuando vio a cuatro lanceros que desmontaban de sus rocines cerca de la puerta. Venían con un mensaje expreso y secreto de su capitán para que les ayudara a buscar a los saqueadores. Sería ampliamente recompensado si sus perros daban con ellos, pero debería ser discreto y, además, mantener el secreto de por vida, pues de lo contrario el látigo se cebaría en su espalda. El hombre, a pesar del miedo, se sintió persona importante con este encargo y, rápidamente, preparó a sus cinco mejores husmeadores. Bordeando la villa llegó a los alrededores de la iglesia. Allí esperaban media docena de batidores y un cabo. El jirón de tela del campanario liado con un trozo de paño fino para que no perdiera el olor, se lo dieron a olisquear a los perros que de inmediato cogieron pista por una veredilla que subía a la ermita de San Juan. A no más de cincuenta varas por debajo de esta, se desviaron campo a través, siguiendo hasta coger el camino de los Galleguines. En él, los canes no perdían pista olisqueando el suelo y las matas de los bordes. Tras cerca de dos horas de rastreo, los olfateadores llegaron a unas chozas cercanas al cruce entre los arroyos Valdebenito y Galleguines. Se detuvieron en ellas ladrando y con señales de que allí terminaba el rastro. A Martín se le llenó la cara de satisfacción, pues sabía que sus servidores habían cumplido su misión a la perfección. Seguro que allí estaban los autores de la fechoría. Ya se veía con la recompensa prometida entre sus manos. Por una vez en su vida se sintió importante.

Los soldados rápidamente tomaron posiciones. Un hombre retostado, consumido y con mal encare apareció en la puerta de una de las chozas, rodeado de chiquillos harapientos, con grandes velas de mocos y unos pelos que delataban la cantidad de habitantes que los trajinaban. Inmediatamente, otros dos más jóvenes y otro hombre mayor, junto a una mujer, salieron de los otros bohíos ante tanta algarabía de los cánidos. El cabo de los soldados les conminó a que se acercaran. Mientras les explicaba el motivo de su visita, los jóvenes mostraban cierto desasosiego. Uno de ellos no pudiendo aguantar más la tensión, en un abrir y cerrar de ojos, salió corriendo y desapareció tras las chozas emprendiendo, campo a través, una fuga inútil y delatadora. De inmediato, tres soldados a caballo le persiguieron y lograron reducirlo. Ante tal evidencia, registraron las chozas y en una vasija de barro encontraron dos anillos. Eran los de los infantes. Preguntados por el resto del botín, ninguno de los capturados quiso

hablar. A todos los varones los ataron a los caballos y condujeron al pueblo.

A media tarde llegaron al castillo donde pernoctaba parte de la tropa. Este lugar había sido elegido para interrogar a los apresados, dada su situación retirada del pueblo. Avisaron al capitán para que subiera a él. A este le urgía que confesaran el escondrijo del saqueo cuanto antes. Para ello ordenó separar, en distintas dependencias, a los mayores de los jóvenes pues, si no hablaban, serían torturados hasta que revelaran su nidal.

Para ablandarlos un poco, comenzaron por «la tortura del agua», muy de moda en los interrogatorios de la Inquisición para no hacer sangre. Tendiendo a los prisioneros sobre la espalda, con un embudo metido en la boca y la nariz tapada, le suministraban varios cántaros de agua hasta casi reventar. Todos llegaron al desmayo sin hablar. El capitán viendo que el tiempo pasaba y lo pocos colaboradores que eran los apresados, pasó directamente al «aplastapulgares». Los gritos de dolor fueron silenciados por un tapaboca bien apretado que impedía la salida de cualquier quejido que delatara lo que allí estaba pasando. Tampoco hubo confesión alguna, aunque los jóvenes comenzaron a dar señales de flaqueza. El oficial, ante tanta resistencia, ordenó pasar a la «unción con grasa» en la planta de los pies, para después acercarles una antorcha hasta achicharrarles la piel. Los mayores, como hombres curtidos en el sufrimiento y en las miserias de la vida, aguantaron hasta que, nuevamente, desfallecieron de dolor. Sin embargo, cuando hicieron pasar al



Lanceros en la detención

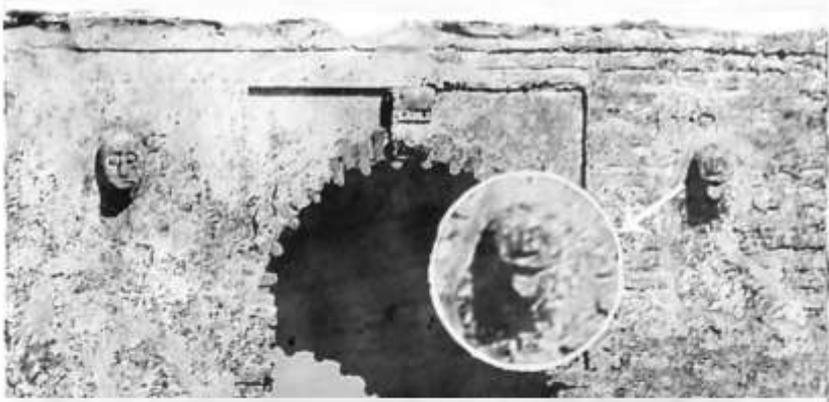
primer joven y le acercaron la antorcha, los ojos parecían se le querían salir de las órbitas y sus esfínteres no pudieron contener más la hombría. En estado de angustia y agitación hizo señales de querer hablar. Entre sollozos y quejas lastimeras, confesó que habían escondido las joyas en un majano cercano a las chozas y que los llevaría al sitio exacto. El otro, viéndolo todo perdido y pensando en un menor castigo, contó las condiciones paupérrimas en que vivían, simplemente por ser moriscos. También confesó que, además de la necesidad, realizaron el robo en venganza por lo que el rey estaba haciendo con los de su condición. El jefe de la milicia, sin meditarlo mucho, ordenó que a los dos mayores les cortaran un trozo de lengua. «Para que la quieren, si no hablan cuando se les pregunta», argumentó. A los dos menores les dieron una docena de latigazos. De esta forma recibieron el castigo a su osadía, ya que no quisieron entregarlos a la justicia local para que no se supiera lo acaecido.

Al alborear del día siguiente, el cabo, media docena de soldados y los reos, emprendieron rápida partida para el lugar confesado. Allí, entre las piedras del montículo señalado, había un pellejo de cabra que a modo de fino paño envolvía las joyas robadas. Con el botín en su poder, velozmente regresaron a la villa.

A mediodía y pasada ya toda la parafernalia de la ceremonia religiosa, el duque de Alcalá, por fin, sonrió satisfecho, disponiendo que esa tarde se cerrara la iglesia y se aprovechara para colocar las joyas en sus respectivos cuerpos, y que un carpintero arreglara los desperfectos de los ataúdes para que, al día siguiente, al alba, partieran para tierras extremeñas como si nada hubiera pasado. Después habló con el cura prebendado, dejándole una bolsa con monedas de plata para compensar a Martín por su ayuda, para el silencio de todos y, además, para que se colocaran cuatro mascarones de piedra labrada en la torre de la iglesia.

El día doce de enero la comitiva fúnebre partió para su destino. Casi nadie supo lo acontecido. Solo meses más tarde, cuando una cuadrilla de alarifes locales colocó los cuatro mascarones ordenados, se cuchicheaba en las esquinas el motivo de tal hecho. Fueron situados en las caras mayores de la torre, a los flancos de las ventanas polilobuladas del campanario. En semejante sitio, serían vistos por todo aquel que elevara la vista a la atalaya. Dos tenían la lengua fuera y quedaron puestos a la diestra, según se mira desde fuera, y los otros

dos carecían de ella y se colocaron a la siniestra. El mensaje que se quería transmitir era claro, en cuanto a la forma y disposición de las caras: «El que colabora con la ley conserva la lengua y es favorecido y aquel que no lo hace se le corta y queda relegado».



Mascarones en caras este y oeste de la torre



LA SARAGUTÍA DE LA TORRE



En el año del Señor de 1590 el cadáver de un bebé flotaba en las turbias aguas del arroyo que cruzaba la villa, a unos setenta metros más abajo del puente que unía las dos partes de esta, en el ensanche donde confluían las calles Nueva y Bancos por su parte derecha, con San Nicolás y Empedrá por su parte izquierda. Un vecino avisó a las autoridades y estas, con urgencia, se presentaron en el lugar. Sacaron al finado de las pestilentes aguas y después de un somero análisis concluyeron que se trataba de un varón todavía no nacido, dada su forma no conclusa. Por su aspecto parecía haber sido sacado del vientre de la madre sin mucho cuidado y con poca práctica médica.

Tras su enterramiento por el sepulturero de turno, bajo la atenta mirada de dos alguaciles, en el cementerio que estaba extramuros, entre el puente de la Tenería y el inicio del camino a Cazalla, todo el pueblo se preguntaba: «¿Quién será la madre de la criatura?», «¿Por qué ha sido sacado del vientre materno sin llegar a término?». Las autoridades callaban, pues apenas tenían respuestas para tantos interrogantes, aunque sí tenían sospechas de una mujer que vivía en la calle Corredera y cuyo corral daba al citado cauce. Era una persona de impronta desagradable, con cara de pocos amigos, en la que podían observarse sin dificultad las cicatrices de viejas quemaduras. Nariz aguileña y ojos negros muy profundos, encerrados en unas grandes y amoratadas ojeras, le daban una mirada tenebrosa que todo el mundo esquivaba, pues tenía fama de hacer el mal de ojo, conjuros y sortilegios de todo tipo. Era una especie de curandera, bruja y hechicera que realizaba abortos y asistía a parturientas en casos de uniones carnales no permitidas por la decencia social y penalizadas por la religiosa.

Las autoridades sospechaban de ella, sin embargo, no podían acusarla sin saber a ciencia cierta su autoría. Al día siguiente, ante uno de los alguaciles se presentó un hombre de aspecto raquítico,

pestilente y con vestimentas raídas, que delataban su pertenencia al estrato más bajo de la población. Denunciaba la desaparición de su hija de catorce años, que estaba embarazada y que había ido a casa de la curandera para que le practicara un «malogro», dado que el hijo que llevaba en sus entrañas era fruto del pecado más ignominioso, pues él era el propio autor de la preñez de la niña.

La pareja de alguaciles, con su jefe a la cabeza, subían a toda prisa Corredera arriba. Se pararon delante de la casucha de la bruja y tomaron aire antes de entrar. Uno de ellos dio una patada a las tablas mal ensambladas que hacían de puerta y sin mediar palabra se internó en la oscura dependencia. Una arcada sufrió el interfecto al tomar la primera bocanada de aire dentro del recinto. El hedor era insoportable y nauseabundo. Suciedad y restos orgánicos se esparcían por todos lados. Algunos animales putrefactos y semidisecados colgaban de clavos hincados en la pared. Una especie de guiso de carne estaba en un caldero que colgaba del interior de la chimenea. Miraron detenidamente, por toda la dependencia y nada veían referente al caso que allí los había traído. El otro alguacil pasó a una segunda estancia que tras una mugrienta cortinucha comunicaba con la primera. Estaba a oscuras y la pestilencia que salía de ella era insoportable. Encendió un candil y al levantarlo para ver lo que allí había... quedó paralizado. Un repelús recorrió todo su cuerpo y el corazón quería salirse por la boca. En mitad del habitáculo había un lebrillo con una cabeza humana y restos de huesos. En un rincón podía intuirse una tinaja de donde salía un pie. Otros recipientes de barro más pequeños estaban tapados, pero podía adivinarse lo que había dentro. Casi sin voz llamó a los demás y todos quedaron atónitos al ver el dantesco espectáculo. El superior ordenó se destaparan aquellas vasijas y todos quedaron conmocionados por lo que vieron. Fetos enteros y troceados estaban echados en aceite. De la vasija mayor sacaron los restos humanos que en ella había y efectivamente, eran de una joven. La cabeza degollada del lebrillo confirmó que era la de la niña desaparecida.

La bruja no estaba en su cubil. Según dijeron los vecinos había ido al campo por hierbas y alimañas para sus pócimas. Montaron un servicio de vigilancia para cuando volviera fuera apresada, cosa que sucedió al atardecer de aquel tenebroso y aciago día.

No hubo que torturarla. Sin remordimiento de conciencia confesó los horrendos crímenes que había cometido. No solo los encontrados, sino otros muchos que a lo largo de su vida había perpetrado. Desde los doce años, cuando respondía al nombre de Sara, llevaba haciendo hechicería. También se jactó de haber hecho un pacto con el diablo, que era quien le daba poderes para curar o cumplir maleficios. Entre blasfemia y blasfemia apostató de la religión cristiana. Todo Alanís le temía, pues había muertes inexplicables que solo podían ser debidas a algún conjuro y ella debía ser la responsable. Como señal del odio que le tenían le pusieron el mote de *Saragutía*. Ella no se enfadó. Por el contrario, le agradó. Sabía que el miedo era su aliado y cuanto más tenebroso fuera su nombre y su vida mejor para su supervivencia. Una vez descubierta, no cambiaron para nada sus sentimientos. Delante del cura y del alcaide renegó nuevamente de Dios y además, se jactaba de que Lucifer estaba de su parte y que nada podrían hacer para terminar con su existencia, ya que el Íncubo le había prometido vida eterna si la dedicaba a la maldad, el crimen y la apostasía.

El veredicto fue rápido. No hubo duda alguna. Era culpable de las atrocidades cometidas y confesadas. Había que quitarla de en medio rápidamente y para nada iban a dar parte a la Santa Inquisición. El proceso duraría meses y estaba muy claro que era una bruja asesina y adepta a Satán. Pero, ellos no querían ensuciar su conciencia con la ejecución sumarisima de una persona por muy páfida, malévola y repugnante que fuera. Para ver si cambiaba de actitud decidieron llevarla al hospital de la Caridad ante la nueva imagen del Cristo Nazareno, que hacía poco más de un año había salido de las manos de un afamado entallador de Llerena, pues eran muchas las personas que decían ya había obrado milagros.

Corredera abajo y hacia el sanatorio de pobres iba la comitiva de justicia formada por el Alcaide del Concejo; el cura; el sacristán, que recitaba jaculatorias y otras oraciones para que Dios los librara de tan malvado ser; dos monaguillos que portaban sendos incensarios que esparcían el humo que debía anular el rastro pestilente que la *Saragutía* dejaba a su paso, y tres alguaciles que la custodiaban y la llevaban con grilletes para evitar escapara. Esta, profiriendo vituperios y riendo compulsivamente miraba a su alrededor. Buscaba la mirada de alguien, sin embargo, jamás la encontró. Nadie salió a ver el tenebroso séquito. Por los ventanucos de las casas y por las rendijas

de las puertas entreabiertas, los más valientes observaban el tétrico desfile. Nadie quería ser visto por ese maléfico ser, por si tuviera los poderes que decía y les hiciera algún mal antes de desaparecer para siempre.

En la capilla y ante la sagrada imagen, no hubo maneras de que la Saragutía emitiera señal alguna de arrepentimiento. Al contrario, persistía en su actitud desafiante vociferando blasfemias y palabrería irreverente. Tras deliberar qué se hacía con ella, un alguacil sugirió: «Emparedémosla en el sótano de la Iglesia. Si es verdad que Satanás está de su parte que le ayude a salir, si es que puede, o de lo contrario él será quien la deje morir. Así nosotros nos evitaremos ser los ejecutores directos y solo nos limitaremos a encerrarla».

Bajo el presbiterio de la iglesia había un sótano que estaba destinado a sepulcro de los ricoshombres locales que habían contribuido a su construcción, pero, por motivos todavía no aclarados, nunca llegó a utilizarse para tal fin. Se entraba por la soberbia puerta mudéjar de una reducida capilla que quedaba del lado del Evangelio, y tras un estrecho pasillo se llegaba a una escalinata que daba a la cripta.

En la iglesia esperaban dos alarifes con las herramientas preparadas para el cometido que previamente se había dispuesto. Entraron a rastras a la interfecta y la dejaron en el fondo de la catacumba. Le dejaron dos panes, una palmatoria y una vasija con agua. Los operarios procedieron a tapiar el hueco mientras la bestia profería improperios y blasfemias. La pared quedó sellada y solo pegando la oreja en ella se oían los golpes y alaridos que la maldad emitía. El último alguacil apagó su candil, cerró la puerta de acceso con llave y todos salieron de la iglesia para sus respectivos hogares. La villa entera quedó pendiente de saber lo que pasaría con la Saragutía ¿Sería liberada por Belcebú? Si así fuera, ¿Qué les pasaría a ellos? Aquella noche muchos de sus moradores no pegaron ojo pensando en la batalla que se libraría en la iglesia: la esencia del mal contra la «Bondad Infinita».

El día siguiente amaneció con unos nubarrones rojizos en el horizonte, como si los hubieran teñido de sangre. Los alguaciles fueron a ver si había pasado algo en el sótano de la iglesia. Tras una revisión de la pared hecha el día anterior, comprobaron que estaba

exactamente igual que la habían dejado. Varios días más se revisó el muro y nada cambió. Solo algunos vecinos cercanos a la iglesia manifestaron que, en los cinco o seis días siguientes al emparedamiento, en el silencio de la noche escuchaban, de vez en cuando, unos ruidos y aullidos que procedían de esta y que se oían muy lejanos y profundos. Días después dejaron de oírse y, por consiguiente, el alcaide ordenó dejar el asunto tranquilo. Si pasara algo serían avisados.

Un velo de silencio cubrió toda la villa. Nadie quería hablar del caso, pues no estaban seguros si la Saragutía estaba viva o muerta. Las generaciones se sucedían y de unas a otras, de boca en boca, se pasaban esta historia.

Pasaron dos centurias y en el año 1755 en el mes de los difuntos —que casualidad—, el suelo de esta villa tembló intensamente. Un gran terremoto con centro en Lisboa sacudió todo el oeste peninsular. En Alanís causó el derrumbe total de una docena de casas y la mayoría sufrió deterioros parciales. En la iglesia se desprendieron las placas de mármol que recubrían sus pilares de ladrillo; aparecieron grietas en dinteles y cornisas; parte de la techumbre de madera también cayó, y la torre, pese a ser el edificio más alto del pueblo, no sufrió daño alguno. Tal vez estaba protegida por el «Buen Hacedor». Nadie se percató de una llaga, de más de cinco centímetros de anchura, que se había abierto en el muro del sótano que hizo desaparecer, en la noche de los tiempos, a la Saragutía.

Unos meses después del temblor de tierra y cuando la población se había recuperado de sus efectos, un vecino cercano a la iglesia dio el primer aviso. Estando una noche mirando hacia la torre por la cara de poniente, vio como un resplandor salía por la ventanilla mudéjar geminada que hay en ella y una sombra en movimiento se proyectaba en las paredes interiores del local que más tarde, en 1890, serviría para alojar el reloj mecánico de la torre. Mientras miraba e intentaba comprender que sería aquello, un vuelco le dio el corazón, pues vio como unos enormes ojos rojizos con las pupilas más negras que el carbón, lo miraban desde el interior de la ventana y descargaban sobre él una potente atracción que parecía querérselo llevar al averno. En un segundo de lucidez apartó la mirada y muerto de miedo se metió en casa para contar a su mujer lo sucedido. Esta, al día siguiente, lo puso en conocimiento de todo el vecindario y en un par

de jornadas Alanís al completo sabía lo acaecido en la torre. En las noches sucesivas todo el mundo estaba pendiente del edificio sagrado para confirmar o rechazar lo contado. Fueron varias personas las que lo corroboraron y además, vieron como un espectro luminoso, con forma de mujer, aparecía y desaparecía en el cuerpo de campanas.

La autoridad, rápidamente, tomó cartas en el asunto ordenando registrar toda la iglesia. Aun así, nada encontraron. A nadie se le ocurrió mirar en el muro del sótano. Sin embargo, era allí donde «el espíritu de la Saragutía» tenía su guarida. Salía y entraba por la grieta abierta por el terremoto cuando la iglesia estaba cerrada. Se mostraba en la torre, aunque solo de vez en cuando, para no dejar tranquilo al pueblo que tanto daño había hecho al cuerpo que lo portaba. Esta incertidumbre y el miedo de su recuerdo han sido su venganza eterna. Durante dos centurias la Saragutía ha estado presente en la mente de los habitantes de Alanís. A los niños, cuando se portaban mal, se les amenazaba con ese maléfico ser. Era frecuente oír la frase: «Pórtate bien o llamo a la Saragutía de la torre para que te lleve».

Así ha pasado el tiempo, entre mimetismos y apariciones de la Saragutía, hasta el último año del milenio —otra casualidad-, cuando en los trabajos de restauración del chapitel de la torre, también se repasó toda la iglesia, llegando hasta el mismísimo muro del sótano. Los albañiles vieron una gran grieta que tenía los bordes quemados, como si llamaradas de fuego hubiesen salido por ella. No le dieron importancia y continuaron su trabajo tapando la raja con ladrillos y buen mortero. Desde entonces y hasta hoy, nadie ha visto a los ojos malévolos de la Saragutía en la torre, pero... ¿Qué pasará en el futuro?



LA NIÑA DEL AYMÉ Y EL MIRADOR DE LOS SUSPIROS



Una lágrima recorría su mejilla. Isabel presentía que algo iba a pasar en este viaje y que posiblemente ya no lo vería más. Esta partida, del amor de su vida, la embargaba y llenaba de angustia, pues por Alanís se comentaba que el cólera morbo oriental había causado cientos de muertes en Sevilla. Aunque Antonio gozaba de una formidable salud, pues estaba acostumbrado al rudo trabajo de arriero y a la vida al aire libre, siempre había la posibilidad de que se contagiara, porque su destino era el puerto de la capital, lugar por donde esta terrible enfermedad había entrado a la ciudad. Esta desazón nunca la había sentido antes y algo presentía, lo que hacía que esta despedida fuera distinta a las demás.

De la manga de su camisola sacó un pequeño pañuelo blanco rebordeado de un encaje de puntillita. Enjugó la lágrima y después lo agitó al viento para que él lo viera en la lejanía. El muchacho, pasado el regajo de los Coladeros, subía la primera cuesta del camino a Cazalla y antes de trasponer por el collado, blandía su chapona al viento devolviéndole el detalle. Miraba, con un nudo en la garganta, hacia la ermita de San Juan y en la lejanía podía ver el cuerpo de su amada y el vaivén de la blanca prenda. Mientras, recordaba sus juegos de niño por la fuente de Santa María; la cantidad de atardeceres que habían contemplado juntos desde esa puerta de la ermita; el primer beso en los labios que le había dado a Isabel en aquel mismo lugar, y tantos reencuentros sublimes y maravillosos tras cada viaje. El estar dos semanas sin verla rompía su corazón.

Antonio partía para Sevilla con la recua de mulas cargadas de azogue, junto a su padre y su tío. Habían estado un día en Alanís para el aprovisionamiento, cambio de ropa y ver a familiares, retomando el camino mulero que habían dejado.



Arrieros transportando azogue

Se trataba de un viaje muy especial, pues era el primero que daba con los nuevos vasos de hierro que sustituían a los antiguos baldeses de piel empleados desde la antigüedad para transportar el mercurio. Cada mula porteaba en sus serones de esparto dos vasijas de tres arrobas cada una. Llevaban treinta acémilas cargadas, cinco de recambio y una con sus pocas pertenencias para el viaje.

Alanís era un punto estratégico en el llamado *Camino del Azogue*. Así se conocía al recorrido que seguía el mercurio desde Almadén —Ciudad Real— hasta las Reales Atarazanas de Sevilla. La ruta oriental coincidía en parte con la cañada de las Merinas y frente al monte Hamapega se desdoblaba en dos caminos: *el carretero* y *el arriero*.

En el primero, los carros con bueyes pasaban por el cordel al norte de la villa y debido a ello se le llamaba Camino de los Carros. Seguía para Constantina, Lora del Río, Alcolea, Brenes, La Rinconada y Sevilla, siendo el viaje ventajoso en lo económico porque la carga era mayor, pero con el inconveniente de que solo se podían realizar en primavera y otoño. En verano había escasez de pastos para este tipo de ganado y además, contraía enfermedades debido al calor. En

invierno era frecuente que los carros se atollaran y el camino se convertía en un suplicio.

El camino arriero seguía por la cañada real de las Merinas, pasando por Cazalla, El Pedroso, Cantillana hasta la capital. Este transporte salía algo más caro; no obstante, era más rápido, pues las recuas de mulas tardaban la cuarta parte del tiempo que los bueyes. Del puerto de la ciudad, el mercurio partía en barcos hacia los destinos de Veracruz o Portobelo en la América española, desde donde se distribuía a todo el virreinato para obtener, de la argentita y por amalgamación, la plata.

Antonio vivía en la popular «calle Zorra» y provenía de una tradicional familia de arrieros. Sus ancestros siempre habían vivido en la misma casa cuyo corral daba al camino de la ermita de San Juan, siendo su ubicación idónea para la entrada y salida de las bestias. Transportaban todo tipo de mercancías, pero el azogue era su carga fundamental en los inviernos y durante el estío. Isabel, de familia de braceros del campo, vivía en la calle Fuente, en una casa próxima a esta y que compartía con otra familia. Ambos, desde muy niños, jugaban por los alrededores con los demás chiquillos del barrio y a través de la casa de Antonio llegaban hasta el castillo y la ermita. Ya, desde esa época, había alguna atracción entre ellos, pues siempre que podían se separaban del resto y jugaban aparte. Se llevaban estupendamente y su amistad era inquebrantable y cada vez mayor.

Para él apenas hubo escuela ni aprendizaje. Desde los nueve años ya empezó a ayudar en el avatar de la recua, facilitando el aparejado de los animales y la asistencia a las cargas. Había que sobrevivir y el duro trabajo bregando con las tercas era el medio de vida de toda la familia. Mientras su padre y su tío salían de viaje, él asistía con cierta regularidad a la escuela. Debía aprender lo fundamental para la vida: las cuatro reglas para defender la ocupación en el futuro, escribir su nombre y poco más. Isabel también tuvo la suerte de tener unos breves años de enseñanza. Su ilusión de vida era casarse, traer algunos hijos al mundo, ser buena esposa y madre y todo lo feliz que pudiera. Pero todo esto debía ser junto a Antonio, su íntimo amigo de toda la vida y al lado del cual se sentía valorada, plena y complacida.

Con unos doce años, descubrieron por primera vez la belleza de un atardecer primaveral en esta parte de la Sierra Morena. Sentados en la puerta de poniente de la ermita de San Juan, en silencio, miraban hacia el monte Hamapega. El sol, semioculto por unas alargadas nubes pardas, rebordeaba estas con un halo amarillento. Entre ellas escapaban unos rayos de luz anaranjados que creaban un ambiente fascinante. Junto al sonido de cientos de pájaros que sobrevolaban el cielo buscando cobijo nocturno en las oquedades de esta y del castillo, formaba un cuadro bucólico, atrayente y deleitoso para aquellas dos almas llenas de inocencia. Sin darse cuenta se cogieron de la mano y así, uno junto al otro, contemplaron el parsimonioso ocaso del astro rey. Para ambos fue un atardecer inolvidable. Una extraña sensación había embargado sus espíritus sintiendo algo distinto el uno por el otro. Esa experiencia tan sublime permanecería persistente en sus pensamientos y causaba en Antonio, siempre que por las tardes quedaba libre de quehaceres, el deseo de ver a Isabel y junto a ella subir a la ermita para contemplar, unidos y en silencio, los espectaculares atardeceres primaverales de esta serranía.

En un día de abril del año siguiente, estando el cielo semicubierto por unas nubes negruzcas que amenazaban tormenta, subieron al mirador de sus sueños. Estaban sentados en la escalinata cuando comenzó a llover. Antonio se quitó su jaqueta de lona y juntos se cobijaron bajo ella. Ambos, con las caras pegadas, sintieron como sus corazones palpitaban de forma diferente y la llegada de deseos antes no sentidos. Antonio acercó su boca a la de Isabel y posó sus



Mirador de los Suspiros en la ermita de San Juan

labios suavemente sobre los de la muchacha. Fue un beso tierno y dulce, como era él con ella. Así, muy juntos, quedaron un buen rato embelesados hasta que un ensordecedor trueno los sacó de su sopor amoroso. Con brincos de alegría y sonrisa en el rostro, echaron a correr cerro abajo hasta sus casas. A este primer contacto siguieron otros, cada vez con más asiduidad e intensidad, pues el sentimiento de ternura y cariño que se profesaban desde la infancia, fue dejando paso a otro más fuerte de atracción física, deseo y pasión, que ambos debían reprimir por mandato del puritanismo de la época.

Antonio, ya había realizado varios viajes a la capital. En uno de ellos compró a Isabel, en un colmado de El Arenal sevillano, el pañuelo que ahora ella agitaba. Él intuía que este acarreo iba a ser diferente. Su desasosiego y resignación no era tanto por la lejanía y los días que estaría sin verla, pues sabía que después el reencuentro sería maravilloso, sino por las noticias tan preocupantes que habían llegado de la ciudad. Una epidemia de cólera la azotaba y se contaban por cientos las personas que morían de un día para otro. Los sepultureros no daban abasto y enterraban los cadáveres, cubiertos de cal, en fosas comunes. Esta enfermedad se desarrollaba en ambientes insalubres y poco higiénicos, los mismos que él debía frecuentar debido a su oficio. Tanto Isabel como él sabían esto y de ahí la intranquilidad y el malestar de ambos.

Pasaron más de diez días y los arrieros aún no habían vuelto. La angustia de Isabel se acentuaba y su presentimiento cada vez era más doloroso. De su mente no se evadía la idea de que algo había sucedido en la capital. Temía perder al amigo de toda su vida y al hombre de sus deseos.

Estando en su cocinilla, junto al poyo sobre el que había un anafre de carbón, se preparaba para realizar un poco de «fruta sartén» cuando, de improviso y dando alaridos de dolor, se presentó la hermana de Antonio. Ella sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo y de momento pensó en lo peor. Y así fue. Antonio y su padre habían fallecido en Sevilla debido al cólera. Solo su tío volvió. Isabel sintió «un apretar» muy grande en el pecho y que le faltaba el aire. Perdió el conocimiento y al caer se dio un golpe en la cabeza sobre el cajón de los cubiertos, que estaba tras ella. Un hilillo de sangre salió de su oreja y corrió por su cuello hasta el suelo.

Las largas pestañas de sus ojos se entreabrieron y una tenue luz llegaba a sus pupilas. Isabel volvió a la vida y vio gente alrededor de la cama donde yacía. No los conocía ni sabía muy bien donde estaba. No recordaba nada de por qué estaba allí y su sensación era de extrañeza. Pasaron varios días y su familia se afanaba explicándole lo que había sucedido, sin embargo, la muchacha no reaccionaba. Había perdido la memoria y además, estaba ausente, abstraída y ensimismada. Así fue pasando el tiempo y cada vez estaba más ida y enajenada. No hablaba con nadie y solo emitía unos grandes y profundos suspiros rematados por un ¡aymé! Sin embargo, en el interior de su mente había una poderosa fuerza que la empujaba a subir, casi a diario y por la tarde, a la ermita. Allí, sentada en la escalinata de la puerta del pie del edificio, seguía suspirando y con la vista perdida en el paisaje permanecía horas y horas esperando el atardecer. Cuando este llegaba le producía una sensación de plenitud y tranquilidad, cambiándole el semblante y llenando su cara de alegría, la cual se perdía cuando alguno de sus familiares subía a por ella, ya que por sí sola no regresaba a casa. Así pasaron varios años y los vecinos la tildaban de loca, comentaban su extraño comportamiento y para referirla lo hacían por: *la niña del aymé*. También al rellano de esta puerta de la ermita de San Juan comenzaron a llamarlo *el mirador de los suspiros*.

El tiempo siguió su curso y, en el verano de 1854, el cólera morbo apareció con fuerza en Alanís. La niña del aymé ya era toda una mujer. Se podía adivinar que tenía hechuras y cara para ser una persona atractiva, pese a que su estado dejaba mucho que desear. Con el paso de los años y su autismo, la familia ya la había dado por perdida y la tenía abandonada. Suciedad y aspecto desaliñado eran sus señas de identidad. Mas, en todos estos años, eso no le impedía seguir subiendo a la ermita para contemplar sus atardeceres, pues algo tenían que ella no podía explicar y que la colmaban de felicidad.

En una calurosa noche de agosto Isabel se despertó con un inusual frío en la cara y las extremidades, a la vez que sudaba. Sus manos las sentía arrugadas y un zumbido intenso atormentaba sus oídos. Intentó levantarse de la cama, pero unos calambres en sus piernas se lo impedían. Sintió que algo muy malo le estaba pasando e instintivamente gritó: «Maadreee». La llamada de auxilio recorrió la silenciosa madrugada de aquella casa. La mujer súbitamente, se

incorporó y corrió a la habitación de su hija, pensando que por fin había recuperado la memoria y salía de la locura que la embargaba. Con la exigua luz de un quinqué se presentó en ella y al iluminar el camastro quedó petrificada. La cara de su hija era la de una finada. Sus grandes ojos los tenía hundidos y bordeados por un círculo lívido. Sus mejillas habían perdido su habitual tono rosáceo y estaban amoratadas, al igual que sus labios y uñas. Tras unos segundos de perplejidad, la madre vio como un vómito amarillento, con vetas sanguinolentas, salió de la boca de la muchacha. Sucesivas arcadas hicieron presa en aquel cuerpo casi extenuado y entregado a la terrible enemiga. Así continuó hasta el día siguiente donde, al atardecer, la de la guadaña decidió recogerla.

Dentro de su calamitoso estado físico, la niña del aymé se entregó a la parca con una sonrisa en los labios. En su mente veía el más maravilloso de los atardeceres y lo gozaba como tantas veces lo había hecho junto a su amado Antonio, al cual vio, envuelto en un aura de dulce ternura, acercarse a ella y cogiéndola en sus brazos la llevó, con alas de amor, al cielo, dando así su «último viaje».



NOTAS Y COMENTARIOS



La hermosa concubina

La primera vez que tuve referencia de *Isabel de las Casas* fue en el libro de Carlos Lora: *Alanís en la historia y en la leyenda* (1989).

Bien es cierto, que Isabel de las Casas existió realmente y fue concubina de don Pedro Girón. Pero poco se sabe de su lugar exacto de nacimiento, linaje, vida o muerte. Su existencia fue un tanto gris, al igual que la de la inmensa mayoría de las mujeres de la época. Posiblemente, la leyenda está basada en la incertidumbre de si era o no nacida y criada en Alanís, porque si se sabe, que su cuna era sevillana.

He realizado cambios en la breve narración de Carlos Lora para ajustarla a fechas y hechos históricos vinculados a los personajes, pues así tiene más visos de que esta fábula sucediera.

Datos históricos globales y locales para su encuadre:

- 1249 Alanís es conquistada por Fernando III el Santo.
- 1330 Se construye la ermita de San Juan, quizás sobre un primitivo morabito sito en ese lugar (primer tercio siglo XIV).
- 1340 Se manuscibe el *Libro de la montería*.
- 1356 Concluye la construcción de la iglesia parroquial de Alanís.
- 1386 El Concejo de Sevilla libra fondos para realizar obras en la barbacana del castillo de Alanís.
- 1423 Nace Pedro Girón de Acuña Pacheco, en Belmonte -Cuenca- hijo de Alfonso Téllez Girón y Vázquez de Acuña y de María Pacheco.
- 1436 Pedro Girón entra, como paje, al servicio del príncipe Enrique (futuro Enrique IV).
- 1440 Pedro Girón ya era camarero mayor del príncipe Enrique.
- 1445 Se inician elecciones para nuevo Maestre de la Orden de Calatrava. Pedro Girón es propuesto por su hermano Juan Pacheco tras oscuras maniobras políticas. Hay freires que se oponen. En mayo se produce la batalla de Olmedo donde Pedro dirige las tropas de la Orden de Calatrava con éxito. En junio se le hace donación de las villas de Tiedras y Ureña (Cédula de 25 junio 1445, dada en Medina del Campo). El 2 de septiembre, es aceptado por todos como Maestre de la Orden de Calatrava, tras la notoriedad adquirida en Olmedo.
- 1448 Se concede a Pedro Girón la estratégica villa de Peñafiel.
- 1453 Nace Alonso, el primer hijo de Isabel y Pedro.
- 1454 Muere Juan II. Su hijo Enrique IV es nombrado rey de Castilla.

- Girón es nombrado, por Enrique IV, señor de las Villas de: Osuna, Morón de la Frontera, El Arahál, Olvera, Archidona, Cazalla de la Sierra, Gelves, Jódar, Briones, Frechilla, Ortejicar, Villafrechos, Villamayor, Gumiel de Izán y Santibáñez.
- 1455 y 1456, en diversas campañas contra los moros de Granada, Pedro Girón mostró su destreza y valentía, ya que fue el más destacado caballero, según reza en la leyenda de los Girón.
- 1456 Ceden a Pedro Girón la reconstrucción del castillo de Peñafiel, y este lo manda hacer según la Escuela de Valladolid, en forma de barco (210x35m).
- 1456 Nacen dos gemelos, Rodrigo y Juan, de la ilegal coyunda Isabel-Pedro.
- 1459 El Papa Pío II legitima a los tres hijos de Isabel y Pedro, y Enrique IV lo ratifica en real cédula de 30 abril.
- 1461 Pedro Girón fue nombrado por Enrique IV capitán general de la frontera de Andalucía, pues en términos de fama militar ningún caballero podía igualársele en la época. Es el preludio para las campañas contra el reino de Granada.
- 1464 Nombramiento por Enrique IV, como conde de Ureña, a su hijo Alonso Téllez Girón de las Casas (25 de mayo) con Grandeza de España desde 1520. Grandeza que se subrogaría varias generaciones después, en el título de duque de Osuna.
- 1465 Pedro Participa en la «Farsa de Ávila».
- 1466 Enrique IV accede a casar a su hermanastra la infanta Isabel de Castilla con don Pedro Girón. Este renuncia al maestrazgo de Calatrava a favor de su hijo Rodrigo Téllez Girón de las Casas, que entonces era un niño de 11 años.
- 1466 Muere Pedro Girón, el 2 de mayo, en la localidad de Villarrubia de los Ojos, cuando iba camino desde Porcuna (Jaén) a Madrid, al frente de un ejército de 3.000 hombres para formalizar la petición de mano a la infanta Isabel de Castilla (futura Isabel la Católica).
- 1456 - 1466 Entre estos años nacieron: María, Isabel e Inés, hijas de Isabel y Pedro. Apenas nada se sabe de sus vidas.

La batalla de Matamoros

Leyenda muy conocida y extendida como germen de la construcción de la ermita a la Virgen de las Angustias. Todo apunta a que el hecho de su origen tuvo que producirse entre el levantamiento de los moriscos en enero de 1569 y el paso y pernoctación del rey Felipe II por Alanís en marzo de 1570, pues esta zona ya debía estar pacificada.

No se tiene constancia de otras batallas anteriores entre moros y cristianos, que tendrían que haberse producido en la conquista de Alanís por las huestes de Fernando III (1249), quedando esta fecha muy lejana a la de construcción de la ermita. Tiene más visos de realidad que se produjera en el levantamiento morisco contra Felipe II.

Fechas históricas para su encuadre:

- 1154 - Referencia escrita de Alanís, según fuentes árabes, en el informe del geógrafo Al-Idrisi a Roger II de Sicilia.
- 1249 - Alanís es conquistada por Fernando III el Santo.
- 1330 - Se construye la ermita de San Juan (primer tercio siglo XIV), quizás sobre un morabito primitivo..
- 1356 - Se construye la iglesia parroquial de Alanís.
- 1386 - Primera referencia escrita del castillo de Alanís en legajos cristianos del Archivo Municipal de Sevilla (presupuesto para la barbacana).
- 1461 - Se aprueban ordenanzas por Portocarrero y 8 regidores (primer Concejo de Alanís), (1.140 habitantes).
- 1472 - El duque de Medina Sidonia recupera el castillo de Alanís para Sevilla.
- 1473 - A comienzos, Cristóbal Mosquera se hace con el castillo de Alanís para el marqués de Cádiz. En marzo es nuevamente recuperado por el duque de Medina Sidonia, con soldados de Sevilla y Aroche.
- 1477 - El duque de Medina Sidonia entrega llaves del castillo de Alanís a los Reyes Católicos.
- 1492 - Descubrimiento América y rendición de Boabdil a Reyes Católicos. Unidad territorial de España.
- 1502 - Pragmática de los Reyes Católicos que permite a los moriscos quedarse en España.
- 1556 - Felipe II es proclamado rey de España y todo su imperio, por abdicación de Carlos I, que muere en 1558.

- 1567 - Felipe II y el Inquisidor General Diego de Espinosa renuevan y endurecen la Pragmática de los Reyes Católicos contra moriscos.
- 1569 - Rebelión de moriscos en las Alpujarras de Granada.
- 1570 - El cortejo real de Felipe II pernocta en Alanís.
- 1571 - Fin de la rebelión de moriscos en las Alpujarras. Batalla de Lepanto, en Grecia, donde Cervantes pierde el brazo.
- 1598 - Muere Felipe II y comienza reinado de Felipe III.
- 1609 - Expulsión de todos moriscos de España por Felipe III (el 9 de abril se da la orden por el duque de Lerma).
- 1656 - Se terminó la construcción de la primitiva ermita de la Virgen de las Angustias con la realización de su sacristía, según placa recordatoria en el muro de la nave. En el siglo XVIII se ampliaría con la construcción del porche y la cabecera actual.

El Encanto de las Pilitas

La estancia de Felipe II en Alanís, los días 12, 13 y 14 de febrero de 1570, queda recogida en el *Libro de Bautismo II del Archivo Parroquial*.

Esta leyenda es la más divulgada de todas ellas, aunque siempre se ha contado sin encuadrarla en un tiempo determinado. He aprovechado esa visita real para enmarcarla y hacer partícipe de ella a los enamorados protagonistas.

Datos para su encuadre histórico:

- 1492 - Descubrimiento América. Rendición de Boabdil. Unidad territorial de España.
- 1502 - Pragmática de los Reyes Católicos que permite a los moriscos quedarse en España (14 de febrero).
- 1508 - Se monta el retablo Mayor de la iglesia parroquial de Alanís.
- 1522 - El 22 de marzo nace en Alanís Juan de Castellanos, futuro autor de *Elegías de varones ilustres de Indias*. Parte para América en 1539.
- 1534 - Se construye la Plaza del Cabildo, abovedando por delante de la iglesia parroquial, parte del arroyo que recorre Alanís.
- 1556 - Comienza a reinar Felipe II.
- 1567 - Felipe II y el Inquisidor General Diego de Espinosa renuevan y endurecen la Pragmática de los Reyes Católicos contra moriscos.
- 1569 - Rebelión de moriscos en las Alpujarras de Granada.
- 1570 - Cortejo real de Felipe II pernocta en Alanís (12,13,14 de febrero) camino de Córdoba, donde convocó Cortes.
- 1571 - Fin de la rebelión de moriscos. Batalla de Lepanto en Grecia donde Cervantes pierde brazo.
- 1574 - Cortejo fúnebre de traslado de restos de la familia real, desde Granada a El Escorial. Pernocta en Alanís los días 9,10 y 11 de enero.
- 1589 - Se publica en Madrid la primera parte de *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos.
- 1598 - Muere Felipe II y es nombrado rey Felipe III.
- 1609 - Expulsión de todos moriscos de España por Felipe III (el 9 de abril se da la orden por duque de Lerma).

La profanación de la reina muerta

La estancia en Alanís del acompañamiento fúnebre descrito en ella, queda referenciado en el *Libro de Bautismo II del Archivo Parroquial*. En la villa se conoce por *el paso de la reina muerta*.

Sobre este acontecimiento he montado este relato, y toda la trama ha servido para justificar los cuatro mascarones que hay en la torre, que hasta ahora nadie sabe ciertamente su significado y por qué están ahí.

Encuadre histórico:

- 1526 – Carlos I contrae matrimonio, en los Reales Alcázares de Sevilla, con su prima Isabel de Portugal.
- 1527 – De este matrimonio nace Felipe, futuro rey de España (Felipe II).
- 1530 – Muere Fernando, hermano menor de Felipe, a la edad de seis meses. Es enterrado en la Capilla Real de Granada.
- 1538 – Muere Juan, hermano de Felipe a la edad de cinco meses. Es enterrado en la Capilla Real de Granada.
- 1539 – Muere Isabel de Portugal, esposa de Carlos I y madre de Felipe II. Es enterrada en la Capilla Real de Granada.
- 1543 - Felipe contrae matrimonio con María Manuela de Portugal, su primera esposa.
- 1545 – Muere María Manuela de Portugal el día 12 de julio, a la edad de 18 años. Es enterrada en la Capilla Real de Granada.
- 1554 – Felipe se casa con María Tudor, el día 25 de julio. Su segunda esposa.
- 1556 – Felipe es coronado rey de España (Felipe II) y todo su imperio (América, los Países Bajos, Milán, Cerdeña, Nápoles y Sicilia), por abdicación de Carlos I.
- 1558 – Muere María Tudor a la edad de 42 años. También muere Carlos I.
- 1559 – Felipe II contrae matrimonio con Isabel de Valois, el día 23 de junio. Su tercera esposa.
- 1568 – Muere Isabel de Valois, a la edad de 23 años. Enterrada en El Escorial.
- 1570 – Felipe II se casa con Ana de Austria, el 12 de noviembre. Cuarta esposa.
- 1574 - El cortejo fúnebre con los restos mortales de la familia de Felipe II hace parada en Alanís, los días 9,10 y 11 de enero.
- 1580 – Muere Ana de Austria, a la edad de 31 años. Enterrada en El Escorial.
- 1598 – Muere Felipe II y comienza el reinado de Felipe III.
- 1609 – Expulsión de todos los moriscos de España por Felipe III.

La Saragutía de la torre

En mi niñez era frecuente amenazar a los niños, cuyo comportamiento no era el adecuado, con la Saragutía de la torre. Para nosotros era un ser maléfico, incorpóreo, que moraba en la torre de la iglesia y torturaba y se comía a aquellos que se llevaba a su guarida.

Escribí esta leyenda para hacer una lectura dramatizada en la propia iglesia en la Semana Cultural de 2011. Se pedía asistir con una velita. Hubo tal lleno, y por consiguiente tanta luz, que tuvimos que pedir se apagaran velas, y se dejara una por cada dos bancos para crear el ambiente adecuado. En el más absoluto silencio, a pesar de la cantidad de gente, se leyó y dramatizó y, junto a una «música siniestra», más de un vello se puso de punta y alguna cara se vio acongojada. Después marchamos a la fuente de las Pilitas para declamar su leyenda. Fue una señalada e inolvidable noche de verano.

La niña del aymé y el mirador de los suspiros

En los veranos de mitad del siglo XIX, el cólera se ensañó con Alanís, al igual que con todos los pueblos de la provincia y la propia capital dejando bastante disminuidas sus poblaciones. Fue destacable y admirable la entrega y ayuda a los enfermos del párroco local Manuel Santarén Sancha, al que nuestro ilustre Francisco Rodríguez Zapata, desde la catedral de Sevilla, le dedicó el soneto adjunto.

Esta historia la oí en mi niñez de labios de mi abuela, sentado al calor de un brasero de cisco en una *sangajeante* mesa de camilla. Como era la costumbre, sobre ella un pañito de croché con jarra de agua y su vaso. Ella, la oyó de su madre, que fue casi coetánea de Isabel, la protagonista, y la conoció en persona.

Mi abuela también se llamaba Isabel y vivió toda su vida en la zona de la fuente de Santa María. Siempre tuvo muy presente esta historia, y cada vez que nos oía un suspiro exclamaba: «Te pareces a la niña del aymé».

*Llegar no pude a superior altura
De la cristiana caridad el vuelo
Cuando te muestras de consuelo
De un pueblo triste en horas de amargura.*

*Para él con presta y sin igual ternura
Fueron tu pan, tu mano, tu desvelo
Noches y días, tu plegaria al cielo,
Tu adiós llevado hasta la huesa impura.*

*Pastor celoso y padre diligente
Tu grey te nombra en fervidos loores
Y así exclama al rendirte amor profundo:*

*«No bastan ya para ceñir tu frente
Las que truncamos, aromosas flores;
Que la heroica virtud no premia el mundo».*

Fue un acontecimiento muy localizado en este barrio de Alanís y ya prácticamente olvidado. La reescribo, con retazos de memoria, en homenaje a ese amor sincero y eterno y, además, para recuperar y poner en valor el mirador de los suspiros: sitio privilegiado desde donde se divisa un soberbio paisaje. Desde él pueden contemplarse los valles de los Coladeros y Matamoros; la ermita de Ntra. Sra. de las Angustias; una serranía que tiene confines con Cazalla y Guadalcanal, y el majestuoso monte Hamapega, sobre el que se oculta el sol ofreciéndonos unos impresionantes atardeceres.

Pequeño glosario aclaratorio:

1. El cólera morbo es una enfermedad aguda y muy contagiosa, que se manifiesta con diarrea, vómitos y calambres musculares, causando la muerte en poco más de un día.. Apareció en el Delta de Ganges en 1817 y llegó a Sevilla en septiembre de 1833.
2. El arroyo de los Coladeros esta a 1 Km de Alanís y es famoso porque en invierno y primavera era aprovechado por la gente del pueblo para lavar la ropa y solearla en las matas alledañas.
3. Los baldeses eran unos sacos de piel de cabra que usados unos dentro de otros en número de tres, servían para trasportar el azogue.
4. La arroba era una unidad de peso que equivalía a 11,5 kilogramos.
5. La jaqueta era una chaqueta de lona resistente usada para el trabajo en el campo y otros de similar dureza.
6. El colmado era un comercio donde se vendía tanto comestibles como objetos de droguería y mercería.
7. Con el nombre genérico de *fruta sartén* se conocía a los dulces fritos caseros, como los “prestines” (pestiños) y los “gañotes”.
8. El cajón de los cubiertos, era una pequeña mesa de cocina que tenía debajo un cajón donde se colocaban los pocos cubiertos y útiles de cocina de la casa y junto a la “espetera”, eran dos muebles imprescindibles en el «*ajuar de los pobres*».
9. Aymé es una interjección, ya en desuso, que significa «¡Ay! de mí».
10. Sangajear es una palabra del léxico restringido de Alanís, empleada para decir que algo se mueve debido al desajuste de sus partes. En castellano equivale a zangolotear.





Antonio Pérez Rodríguez

Nace en **Alanís**, en 1951. Es Ingeniero y Licenciado. Ha sido profesor Numerario de Escuelas de Maestría Industrial; Orientador y Catedrático, de Educación Secundaria.

Autor de: *Carrozas en las fiestas de Alanís* (2005); *Dos leyendas de Alanís* (2009); *El fin del miedo* (2011) -premio de relato corto-; y múltiples trabajos de investigación histórica relacionados con este pueblo, como: *Rodríguez Zapata...*; *Fernández Espino...*; *Juan de Castellanos...*; *Angustias en la leyenda y en la realidad de Alanís*; *Un alcalde analfabeto y controvertido*; *Hermandad de Ntro. Padre Jesús...*; *Alcaldes de Alanís en el siglo XX*; *El tren de los presos...*

Colaborador asiduo en la **Revista de Alanís** con más de cuarenta artículos, entre los que cabe destacar: *Léxico restringido de Alanís*; *La cueva: un tesoro escondido*; *Sobre viñazos, viñas y vino de Alanís*; *Oír el silencio*; *El ocio fotográfico en la Sierra Norte*; *Grupos musicales de Alanís en el siglo XX*; *Heráldica para las Jornadas Medievales*; *La matanza*; *La porcá*; *La matraca*; *La nueva Banda de Música*; *La pila bautismal de San Juan* y otros.

